

TRES OBRAS
TEATRALES
JULIO LÓPEZ MEDINA

LA CARTA

POCOLÍN Y EL BAÚL DE LOS DISFRACES BONITOS

EL ROBOTITO

Edición de:
FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

Colección "ALTOZANO"

Número 15



TRES OBRAS

TEATRALES

JULIO LÓPEZ MEDINA

LA CARTA

POCOLÍN Y EL BAÚL DE LOS DISFRACES
BONITOS

EL ROBOTITO

Edición de:
FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

Colección
“ALTOZANO”

Edita:

**Universidad Popular
“Hilario Álvarez”
Plaza del Altozano, 5
06160 – BARCARROTA
(Badajoz)**

Director de la Colección:
Francisco Joaquín Pérez González

Equipo Consultor:

**Marina González Rubio
Ángel Galván Macías
Rosario Cumplido Laso
Gema Pinilla Sayago
Joaquín Álvaro Rubio
José Ignacio Rodríguez Hermosell**

Edición de 300 ejemplares
Abril de 2007
Depósito Legal: BA-111/07
I.S.B.N.: 84-95419-11-4





JULIO LÓPEZ MEDINA

Julio López Medina (Barcarrota, 1925 – Valladolid, 1999), hijo de los actores Emilio López Escudero y Julia Medina Misales, marchó de pequeño a Valladolid donde desarrolló su abundante creación artística.

En este volumen se recogen tres de sus muchas creaciones teatrales. No se ha seguido algún criterio específico para su selección, simplemente las que estaban ya editadas, lo que facilitaba su transcripción. Únicamente destacar que, dada la distancia en el tiempo de algunas desde su primera edición, las tres estaban total o prácticamente agotadas.

Julio López destacó, amén de en la creatividad dramática –en este libro contrastada–, en otras facetas como la poesía, el diseño gráfico o la pintura.

No pretende ser éste un estudio amplio de la vida y obra de este creador extremeño. De ello ya se hizo un acercamiento en el libro *Julio López Medina. Polifacético artista barcarroteño* (Ayuntamiento de Valladolid, 2005), del que tengo la fortuna de ser autor.

Por lo tanto estas palabras que anteceden a las tres obras teatrales aquí presentadas persiguen una aproximación básica a las mismas y también conocer el trabajo que el autor legó al mundo del teatro. Así, del libro antes aludido extraemos su

producción teatral, corregida y ampliada en esta ocasión, con el fin de mostrar las obras que nuestro paisano dio para su puesta en escena:

1955 – La carta

1959 – El esclavo de Dios

1961 – Inolvidable Angelina

1962 – Una herencia en París

1963 – Si los maridos mandasen

1964 – Pastores de Belén

1964 – Un ladrón original

1965 – No lo cuenten por favor

1971 – Auto nuevo de los Reyes Magos

1973 – El pequeño Pocolín y el gran Buffalo Bill; Los Turrone de Alicante: Los pajes golosos; Ustedes disimulen

1974 – La Celestona

1977 – Un verano con Ángela

1978 – Rupemeterelogana; El muñeco Pocolín

1979 – El alnuerzo de Don Federo

1982 – Las flores mágicas de Floripondia

1984 – El caballero de Olmedo

1986 – El globero y sus amigos

1987 – Relaciones prohibidas

1991 – De Fontíveros a Úbeda pasando por El Carmelo

1995 – Esta noche amo la vida

1998 – Una juerga con tono.

¿? – Traje de payaso

Destacar que muchas de estas obras fueron escritas conjuntamente con su hermano Arturo, aparte de escritor de comedias, también actor.

LAS OBRAS AQUÍ RECOGIDAS

La carta

Esta pieza dramática en un acto fue estrenada en Valladolid, en el Teatro Zorrilla el día 17 de mayo de 1955. Recibió el Primer Premio del Concurso de Obras de Teatro convocado por la Delegación Provincial de Información y Turismo de Valladolid. El reparto de la misma estaba encabezado por la posteriormente consagrada actriz Lola Herrera en el papel de Monique y le secundaron en escena Emilia Ramos (Marie), Andrés Raposo (Michel), César Balmori (René) y Jaime Redondo (Claude). La dirección de este estreno corrió a cargo de Luís Maté.

El librito que contiene la obra, editado por el autor e impreso en Gráficas Lafalpoo, no contiene fecha de su salida al público, aunque corresponde al mismo año del estreno, como se indica en la breve biografía aparecida en el libro *Teatro infantil en Valladolid* (1981). Cuenta con 56 páginas numeradas y el tamaño del mismo es 15'5 x 10'5 cms.

Según el encabezamiento de la publicación, *La carta*, estaba dedicada a *A mi hermano Arturo, con el deseo y la ilusión de que nuestros nombres vayan unidos en nuevas y más importantes obras de este arte perenne que es el teatro.*

De la edición de la que nos hemos valido para incluirla en esta recopilación hay que destacar las correcciones que el propio autor realizó manuscritas en la misma. Así, nada más

comenzar, puntualiza que deberá haber *Sonido de bombardeo antes de comenzar la* (Acción). Más adelante hace una corrección ortográfica, *bayonetas* por *ballonetas*, o modifica palabras como es el caso de *rosario* por *escapulario*, o *disparos* por *tiros*. Amplia las acotaciones al texto como (Se oyen tres o cuatro disparos *de mortero* lejanos). Todas estas variaciones, realizadas ya con la obra impresa, concluyen con una indicación final para la puesta en escena: (*Sollozando*) ¡*Criminal, criminal!*!, antes de que caiga el telón.

Pocolín y el baúl de los disfraces bonitos

Dentro del volumen titulado *Teatro infantil en Valladolid*, editado por la Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular (Valladolid, 1981), aparece ésta obra infantil de Julio López Medina. Comparte espacio con otros autores como José González Torices, Ramón García y Fernando Herrero. El libro comprende en total 168 páginas, de las cuales, 28 corresponden a *Pocolín...*

El apartado destinado al barcarroteño comienza con una relación de las obras teatrales de las que es autor Julio López Medina. A este amplio listado le sigue, ya metidos en la obra en sí, unos ÁNIMOS donde se incluyen los siguientes consejos para la puesta en escena de “Pocolín...”:

¿Os hacen falta ánimos?

Creo que no. Sobre todo al principio.

Reunidos cuantos emprendáis el juego, en que uno hará de director, otro de apuntador en los ensayos, otro de pintor y otros de actores, etc. será de ver la ilusión en hacerlo bien y las ganas que tendréis todos de comenzar la tarea.

Lo importante no es comenzar. Lo importante es seguir y, sobre todo, terminar.

Habrá muchos momentos en los que necesitar is ánimos. Entonces es cuando tenéis que agarrar este libro y abrirle por esta página.

En ella quiero recordaros que estáis jugando, que no debéis enfadaros si uno de vosotros no se aprende pronto su "papel", ni disgustaros ante las muchas contrariedades que probablemente os surgirán.

Todo debe formar parte del juego.

Debéis jugar a superar las dificultades, comprender que no importa mucho el que no interpret is muy bien, como lo hacen los buenos actores. No se trata de que gan is un premio en un concurso de interpretación. Pensar siempre que de lo que se trata es de que lo pas is bien jugando.

Y podéis jugar no sólo al representar ante vuestro público la obra, sino al ir buscando las cosas que para hacerla hacen falta. Trastos, de esos que suele haber en un desván, arrinconados por inservibles. Un brasero viejo, un perchero sin un brazo, algunas sillas cojas... No todas estas cosas son imprescindibles. Incluso podéis sustituir lo que no tengáis por otros trastos que tengáis. Cajones, banquetas, libros antiguos, paquetes de periódicos viejos atados... hasta un aparato de radio o un televisor averiados os pueden servir para "crear el ambiente".

Quiero decir para que hagáis creer a vuestro público que todo sucede en un desván.

Lo conseguir is mejor si, además de los trastos, pint is un decorado.

Porque me figuro que no haréis ni una sola vez la obra en un

auténtico desván. De no representarla en un teatro o en el escenario del salón de actos del colegio, donde podéis simular que la puerta de entrada al desván está fuera de la vista del público, si lo hacéis en alguna casa, elegid la parte donde esté la puerta y ella os servirán para entrar los personajes, pues es muy difícil de hacer.

En cambio, para vosotros que sabéis pintar con tempera, el hacer el decorado que sirva para hacer creer al público que estáis en un desván, será un juego.

Podéis empezar por unir, pegándolas por sus extremos, varias hojas grandes de papel fuerte, hasta conseguir un trozo lo suficientemente amplia en el que, con la pintura de esos botecitos que usáis en el colegio, simuléis unas vigas inclinadas que harán de techo, y una pared sucia y desconchada en lo demás.

Ese papel ya pintado lo sujetáis en la pared, frente al público, ponéis delante el baúl y, con los demás trastos, ya tenéis la escena.

Además de la escena, que debéis iluminar bien, dejando al público a oscuras (como hacen en el teatro de verdad), tenéis que procuraros los trajes. Necesitáis de bailarina, de pirata, de general, de reina, de novia y de payaso.

Algunas prendas os las dejarán. Otras podéis hacerlas con "papel de seda" y con "papel pinocho", de diferentes colores.

Os lo pasaréis bien haciéndolos, pero si tenéis mucha prisa, podéis convencer a mamá o a esa tía que os quiere tanto para que os haga la faldita de la bailarina o para que convierta el vestido de primera comunión, con algún pequeño arreglo, en un vestido de novia.

Lo que si os aseguro es que vosotros mismos seréis capaces de hacer un par de espadas de madera, el gorro puntiagudo del payaso, la corona de cartón con papel dorado para la reina y el parche para tapar un ojo al pirata.

Y también estoy seguro de que, como tenéis muy buena memoria, os vais a aprender cada uno cuanto tenéis que decir en la obra y en la primera representación con público no necesitareis de apuntador. y los espectadores exclamarán entusiasmados “¡qué buenos actores!, ¡son extraordinarios!”.

Ello será porque hay un viejo dicho entre la gente del teatro que muy acertadamente asegura que

“a papel sabido no hay cómico malo”

Así que, mirad con atención los dibujos para que, poco más o menos, vistáis vuestros personajes como aquí van indicados, aprended bien vuestros parlamentos, ensayad juntos la forma de decirlos y de moveros por el escenario y después...

¡Jugad al teatro!

Os divertiréis y divertiréis a los demás.

Ya lo veréis.

La faceta de dibujante y diseñador gráfico queda demostrada también en las páginas de este título, donde las indicaciones de vestuario llevan la firma de este autor.

El robotito

Dentro de la Colección de teatro infantil y juvenil que, por el año 1990 editaba la entidad bancaria Caja España, en su volumen 27, aparecía la obra de teatro infantil *El Robotito* de nuestro hoy compilado autor.

En *El Robotito, Obra de teatro infantil, en un acto, original, para ser representada por niñas y niños, con 76 páginas y un tamaño de 21 x 14 cms.*, Julio López Medina, introduce a los niños en el mundo del teatro, animándoles con estas palabras a que representen su creación: *Amiguetes: Aquí tenéis una obra más para que la leáis y, si os gusta, decidís valientemente jugar a hacer teatro con ella, con lo que os divertiréis y cumpliréis el destino para el que fue escrita.*

“EL ROBOTITO” está concebida para que juguéis a ser vosotros mismos, pero no olvidéis que el teatro es el arte de la simulación, sobre todo el niño que truque el muñeco electrónico, para cuya construcción acaso preciséis de la ayuda de alguna persona mayor; especialmente si queréis que emita pitidos y destellos.

¡Ah! Como buenos estudiantes observaréis que en muchas preguntas de los diálogos falta el signo final de la interrogación. Este: ?, sustituido por un simple punto o por unos puntos suspensivos. Así quiero indicar que en esos interrogatorios acentuéis la intención de la pregunta sólo al principio y no al final. Resultarán más naturales.

Gracias, amigos. Ánimos y que disfrutéis mucho con este juego en equipo tan bonito y formativo como es el teatro.

La misma está dedicada a Andrés Martín Gutiérrez y a su grupo del colegio “Ave María”, que al estrenar esta obra en el VIII Certamen de Teatro Infantil San Viator propiciaron que “EL ROBOTITO” fuera distinguido con el primer premio al “Mejor Texto de Teatro para Niños.” y le sirve la publicación para agradecer a Almudena Martín Conde, que quiere hacer mucho teatro, con un beso.

El volumen, aparte del texto, contiene un apartado final (7 páginas) titulado *Teoría y técnica teatral*, firmado por Juan Cervera

Concluye la obra con unas anotaciones, bajo la advertencia de *Nota muy importante*, donde el autor se cuida de aconsejar a los futuros actores de su obra sobre unas mínimas condiciones de seguridad: *No hay que olvidar que tanto la caja como su envoltorio, donde se ha de introducir el robot, han de tener, aunque disimulados, los necesarios agujeros para que pueda respirar bien el niño que haga Tito, coincidiendo debidamente los hechos en la caja con los hechos en el papel que la envuelva. Esta advertencia es válida también para la cabeza o caperuza del robot que puede construirse en cartón y después pintarse imitando metal, con purpurina plata, por ejemplo. Por la abertura de la boca, tapada con papel transparente azul, el niño mirará. Dentro de la misma "caperuza" puede ocultarse las pilas de alimentación eléctrica de las bombillitas, que a manera de botones lleva el "robot", accionados al tocar el niño con sus dedos las palmas de sus manos.*



LA CARTA



ACTO ÚNICO
ESCENA

Humilde casa de labor. Una habitación que se ha utilizado para dormitorio de tres soldados. El techo, asotabancado, es de madera de rústico artesonado. El lateral derecho, que es corto y bajo, tiene una sola puerta. El foro es una pared que nace en el lateral derecho y se aleja del proscenio para unirse al lateral izquierdo casi en el centro de la escena. Tiene alta una ventana con una cortinilla corrediza por medio de una cuerda colgante sobre ella. Un viejo lavabo de hierro y una jofaina, junto al foro derecha. Tres camastros en línea con las cabeceras junto a la pared de la izquierda. Un viejo armario ropero adosado a esta pared en primer término y apoyados en él, bien a la vista del público, dos fusiles. El camastro del foro está recogido al estilo cuartelero.

Sonido de bombardeo antes de comenzar la
ACCIÓN

MARIE, una bondadosa mujer de edad indefinida, pero avejentada por los sufrimientos o el trabajo y MICHEL, un mocetón y soldado francés; sin la guerrera, sentado en uno de los camastros deshechos.

Marie: ¿Se sabe algo, hijo mío?

Michel: Lo que ayer, lo mismo que anteayer y, según van las cosas, lo que sabremos probablemente mañana.

Marie: Ni una noticia.

Michel: Ni una. A nosotros no nos dicen nada. ¿Usted cree que me han ido a decir esta noche, en el puesto, lo que pretende el Mando Francés con esta pasividad desasosegante? Bien quisiera yo saber a qué espera para ordenar el ataque. ¿Es que no tiene confianza en nosotros? ¿Por qué, por qué no nos envía contra ellos hasta echarlos con las bayonetas, con los puños, ¡como sea!, de nuestro suelo?

Marie: ¡Bendito sea Dios! ¡Con los puños! Eso sería una temeridad. Eso supondría mandarles a una muerte segura.

Michel: A veces pienso que es preferible morir a ver cómo nos van arrebatando Francia, sin hacer otra cosa que defendernos, cuando la mejor defensa es el ataque.

Marie: Dios bendito nos ayudará. Él sabe que nosotros somos buenos...

Michel: ¿Buenos? Dudo que con esta guerra haya buenos, si la exceptuamos a usted, claro está. Nosotros los soldados, nos vamos volviendo malos sin darnos casi cuenta. La guerra nos va cambiando poco a poco. Yo antes era incapaz de

pegar un puñetazo a cualquiera que me injuriaba. Ahora no me detengo ante el crimen, que eso es lo que hacemos en las trincheras, matando a un desconocido que, particularmente, nada nos ha hecho.

Marie: ¡Hijo mío! No digas eso. Defender a la Patria no es un crimen.

Michel: Seguramente. Pero ya no sé lo que digo. Aquí nos estamos volviendo locos. El miedo a la muerte nos enajena.

Marie: ¿Miedo a la muerte? ¿Y por qué? Ella tiene forzosamente que llegar. Recibámosla, cuando venga, como a visita anunciada.

Michel: El amor a la vida es lo que la hace soportable. Metidos en esta ratonera, sin tener temor a la muerte, ya nos hubiésemos pegado todos voluntariamente un tiro. Pero tenemos miedo. Un miedo que nos hace luchar. Un miedo a la muerte que acecha en todas partes, al estrépito de los cañones, al silencio, a la soledad. Miedo hasta a razonar, porque, si pensamos, la locura vendrá súbitamente en vez de poco a poco.

Madre: Vamos, vamos, hijo mío, desecha esos turbios pensamientos. Piensa en Francia que algún día, gracias a vuestro esfuerzo, surgirá más rica y más alegre que nunca. Verás entonces al pueblo libre del asedio y todos lo celebraremos con fiestas.

Michel: Pero mientras tanto...

Marie: Mientras tanto, vivimos. Nosotros gracias a vosotros, soldaditos de Francia. Dios os bendiga y os conceda la victoria. ¿Te di a ti un escapulario, hijo mío?

Michel: Sí, sí. Ya me la dio usted. (*Michel se tumba en el camastro*)

Marie: ¿Estás cansado, verdad? Son muchas horas de vigilia en el puesto. ¿Quieres dormir?

Michel: No. No tengo sueño. (*Entra Monique, una bonita muchacha*)

Monique: ¿Puedo recoger las otras camas?

Marie: ¡Oh, no, Monique! Michel va a descansar.

Monique: Entonces recogeré la de René. No me gusta ver esto tan desarreglado.

Michel: Puedes hacerlo.

Marie: Monique, hija mía, dime, ¿hay alguna novedad?

Monique: Ninguna, madre. Gracias a Dios, los extranjeros no dan hoy señales de vida.

Michel: Más valiera que la diesen.

Monique: ¿Y por qué? Si disparan, destrozarán nuestras casas. Si avanzan, nos ocuparán.

Marie: No, Monique. Están aquí nuestros soldados. Ellos nos defenderán. Todos, como Michel, están deseando hacerlo y echar al enemigo fuera de nuestro territorio.

Michel: Poca confianza tiene Monique en nosotros.

Monique: No. No quise decir eso. Pero yo he oído que ellos están mejor preparados. (*Michel se incorpora en el camastro*)

Michel: ¡Preparados, sí! Así nos han pillado desprevenidos. ¡Pero nosotros defendemos lo nuestro y por eso ponemos más alma en la lucha!

Marie: Sí, hijo, sí. Monique aún es joven. ¿Qué sabe ella? No la entristezcas. Ella bien sabe cuánto os debe a vosotros. ¿Quieres que te ayude, Monique?

Monique: No hace falta, madre. (*Marie sale. Hay una breve pausa*)

Michel: ¿Te has enfadado?

Monique: Conmigo misma.

Michel: ¿Por lo que te he dicho?

Monique: Por lo que he dicho yo.

Michel: No te preocupes. En este ambiente, en pleno frente, no se sabe lo que se dice. ¿Sabes que no te das buena maña?

Monique: Como que nunca recogí así nuestras camas.

Michel: Y eso que pones gran interés en que esa, precisamente esa, te salga bien.

Monique: Todas quiero hacerlas bien. Ustedes se lo merecen. Son los tres tan buenos...

Michel: ¿Tú también? Pero, vamos a ver. ¿Por qué somos buenos? ¿Por qué estamos aquí para defender este pueblo? Es nuestra obligación de patriotas.

Monique: La nuestra es hacerles estos pequeños trabajos domésticos. Nosotras también somos patriotas. Y también un poco egoístas, si el agradecimiento es egoísmo. Por ustedes, solo por ustedes, vivimos.

Michel: Para lo que va a ser... Como no nos ayuden, no salimos de ésta. Y no parece que nos van a ayudar. Ahora comprendo que si nuestros Jefes no nos lanzan al ataque es porque no confían en nosotros.

Monique: Tampoco el mando enemigo debe confiar mucho en sus soldados cuando no les lanza contra nosotros.

Michel: ¡Vaya! ¿Sabes que eres lista?

Monique: ¿No se le había ocurrido pensar eso?

Michel: Palabra que no. Es que ya no sabe uno ni discurrir. Este cerco se prolonga demasiado. Y lo malo es que ellos no parecen dispuestos a atacarnos, por lo que sea.

Monique: ¿Es que usted lo está deseando?

Michel: ¡Claro que lo deseo! Deseo que esto termine. Deseo avanzar, reconquistar Francia. Y parece que sólo lo lograremos si nos atacan, porque así no tendremos otra solución que luchar y luchando, sólo luchando, conseguiremos echar al enemigo de nuestro suelo.

Monique: ...nuestro suelo...

Michel: Sí, nuestro suelo. Si fuese la guerra en otro lado, en un terreno de nadie, francamente, no me agradaría nada tener que matar, pero así siento un gozo indescriptible cada vez que tumbo a uno de esos que nos cercan, porque sé que nos están despojando de lo nuestro.

Monique: Nos queda tan poco... El resto de la casa, medio derruido; la familia, lejos; la libertad, sin alas. Solamente nos queda lo que sólo nos podrán arrebatarnos con la vida: la ilusión, el amor...

Michel: Por todo eso es por lo que estoy aquí.

Monique: ¿Y no es cierto que es más lícito que por todo lo demás, luchar por la vida de quien amamos?

Michel: En esas palabras se nota que estás enamorada.

Monique: Dígame, Michel, ¿sería lícito?

Michel: No entiendo lo que quieres saber, pequeña.

Monique: Quiero saber si está permitido defender a aquellas personas a quienes queremos.

Michel: Naturalmente que lo es.

Monique: ¿Contra todo enemigo?

Michel: Así lo entiendo yo.

Monique: Entonces, ¿podríamos, por ejemplo, herir un poco, sólo un poco, a una persona para que no fuese a encontrar la muerte en el campo de batalla?

Michel: ¿Qué idea es esa? Herir un poco... Sí, así le llevaría a un hospital de sangre y se le evitaría marchar hacia la muerte.

Monique: ¿Verdad que está bien ideado? Algunos lo han hecho.

Michel: ¡Los cobardes!

Monique: Él no es un cobarde. ¡Él no lo hará jamás! Y yo... yo no me atrevería a hacerlo. Si usted quisiese...

Michel: ¿Yo? ¡Tú estás loca, muchacha! ¿Sabes lo que me propones? ¡Tú quieres que me fusilen! No. No. Yo no le pego un tiro a René por mucho que le quiera, que yo también le quiero. Somos amigos de la infancia. Pero eso no puede hacerse, amiguita. Puede defendérselo contra todo enemigo, pero la propia Patria no es nuestro enemigo.

Monique: No quiero yo luchar contra la Patria. Contra quien yo quiero luchar es contra la muerte. Él es joven.

Michel: Eso es inútil. La muerte acaba venciendo. Si le quieres, de lo que debes preocuparte es de conseguir su amor. Eso es lo que tienes que hacer. No presentar batalla al enemigo y menos a la muerte, sino contra el inquilino de esa cama que has recogido tan amorosamente.

Monique: ¡Qué tonterías dice!

Michel: ¿Vas a negarlo? Desde que René te salvó la vida en el bombardeo, tu vida no te pertenece. Es de él.

Monique: Lo que no quiere decir que esté enamorada de él, sino profundamente agradecida. Si quiero salvarle la vida es porque entiendo que estoy en deuda con él.

Michel: ¡Oh, qué empeño! ¿Por qué no declaras de una vez que te tiene en el bolsillo, que estás loca por él?

Monique: Porque no es cierto.

Michel: ¿Te atreverías a decirlo delante de René?

Monique: ¿Por qué no?

Michel: Porque él notaría en el temblor de tu voz que no decías la verdad. Te lo notaría, estoy seguro. Vamos, Monique, a mí no me lo niegues. Se te nota que estás enamorada de él, en todo. Hasta en la forma de recogerle el camastro.

Monique: ¿Por qué le gusta reírse de mí? Siempre está con la misma broma.

Michel: ¿De verdad quieres saberlo? Yo también quiero saber tú, cuando la ves, no puedes separar tu mirada de su arrogante figura. ¿Qué ves en él? ¿Al héroe? ¿Al hombre de tus sueños?

Monique: ¡De él no se burle!

Michel: ¿Lo ves? ¡No puedes ocultarlo!

Monique: ¿Es que usted no ha estado nunca enamorado?

Michel: ¿Yo? ¡Yo lo estoy! No seas tonta, Monique, no te pongas triste. Aprende de mí. Mi amor, mi bello amor, se encuentra muy lejos, ignorante todavía de que el soldado Michel Fontaine, de la tercera compañía, ha puesto los ojos en ella. Si tengo más prisa por acabar con esos que tenemos enfrente, es por largarme a su lado a decirla, claro está, si me atrevo, que la quiero con toda mi alma. ¿Te ríes? Es porque no la conoces. Rubia, con unos claros ojos azules, una carita añiñada y una timidez de gacela. Una timidez que se me contagia apenas me encuentro enfrente de ella. Bueno, y cuando no me encuentro ante ella, lo mismo. He pensado escribirla una carta. Tendría que contestarme ¿no crees? ¿Sabes lo que la diría en esa carta?

Monique: Claro que lo sé. La pediría que fuese su madrina de guerra.

Michel: ¡Qué clarividencia!

Monique: Me lo ha dicho René. Dice que siempre está usted dándole la lata con Jacqueline Maurois.

Michel: ¿Te ha dicho eso?

Monique: Sí. Y también...

Michel: ¿Qué?

Monique: Que es muy guapa. Utilizó las mismas palabras: Es rubia, dijo, tiene unos claros ojos azules y una timidez de gacela que la hacen encantadora.

Michel: ¿Qué la hacen encantadora? Eso no suelo decirlo yo. ¿Qué más te dijo?

Monique: Nada más. Nada más porque no sé que me pasó que me eché a llorar.

Michel: ¡Ah!

Monique: No puedo olvidarlo.

Michel: Oye, ¿qué crees tú?

(Entra René, otro mocetón bien uniformado, con la graduación de cabo del Ejército Francés)

René: ¿Adivino de lo que estáis hablando? Apuesto doble contra sencillo a que esta vez se trata de algo relacionado con la señorita Jacqueline Maurois, amor platónico del soldado de la tercera compañía Michel Fontaine. ¿Quién paga?

Monique: El soldado Michel Fontaine, si es que ha aceptado la apuesta.

Michel: No tengo ganas de apuestas, ni tampoco de bromas, René.

René: ¿Y puede saberse por qué? Aunque quizás no haga falta que me lo digas. Puede también adivinarse. Vuelvo a

apostar doble contra sencillo a que la causa de que el soldado Michel Fontaine esté malhumorado radica en la ignorancia que de su platónico amor tiene la linda señorita Jacqueline Maurois. ¿Quién ha perdido?

(Monique está recogiendo la ropa del camastro de Michel. Éste se quita la camisa y comienza a lavarse)

Monique: El soldado Michel Fontaine.

Michel: ¿Queréis dejaros de bromas?

Monique: Yo sí. Me marchó y volveré a recogerle la ropa cuando usted se haya lavado.

Michel: Perdona, Monique; no me había dado cuenta.

(Sale Monique)

René: No podrías apostar conmigo, Michel. Yo sé que todo lo bueno y todo lo malo que te ocurre, está relacionado con una señorita rubia que tiene unos claros ojos azules y una timidez de gacela.

Michel: Completa la frase: que la hacen encantadora.

René: ¿Dices tú eso? No me había dado cuenta.

Michel: Voy a decirlo de ahora en adelante.

René: Me parece muy bien. Que la hacen encantadora y que reside en nuestra ciudad. La dejamos con dos largas coletas, ¿te acuerdas, Michel?, y cuando volvamos se habrá puesto medias y lucirá una espléndida melenita.

Michel: ¿Quiere hacerme un favor, cabo?

René: ¿A qué viene el tratamiento?

Michel: Hable de otra cosa, ¿quiere?

René: ¿Acaso te molesta...? ¡Qué raro! ¿Quiere eso decir que no vas a volver a darme la lata hablándome de la señorita Jacqueline Maurois, ahora que me gusta a mí hablar de ella?

Marie: Preferiría que no nos liberasen, lo preferiría, de verdad, si es que por liberarnos iban a morir ustedes.

René: Alguno tiene que morir. La guerra es así.

Marie: Pero yo no quiero que sean ustedes. No lo quiero. ¿Les he dado un escapulario, no es cierto?

René: Ya nos le dio, Marie, ya nos le dio.

Marie: Él les liberará de la muerte y de todas las heridas. Tengan fe en ello, que la fe es la que nos sostiene en este valle de lágrimas. ¡Dios mío, qué grandes deben ser nuestros pecados para permitir Tú, Dios bondadoso, estas calamidades!

Michel: Bueno, ¡acabe ya! ¿Qué es lo que quieres?

Marie: ¿Tienen ustedes un paquete de tabaco?

Michel: Tenga tres cigarrillos.

René: Toma un paquete.

Marie: Dios os lo pague, hijos míos, Dios os lo pague.

(Marie hace mutis)

Michel: Siempre está pidiendo tabaco. Su catolicismo no le sirve más que para eso. ¿Qué hace con él? ¿Lo fuma?

René: Yo nunca la he visto fumar.

Michel: Al menos tendrá la vergüenza de fumárselo a escondidas.

René: Hoy estás de mal humor y todo lo encuentras mal.

Michel: Tú tienes la culpa.

René: ¿Yo? ¿Por qué?

Michel: Llevas unos días insoportables, dándome la murga con Jacqueline.

René: Creí que hablarte de Jacqueline te gustaba.

Michel: Pues no me gusta.

Michel: ¡Precisamente por eso!

René: ¿Celoso de mí? ¡Ah, vamos! Tiene gracia. A trescientos kilómetros de ella y tienes celos. ¿Qué harías si supieses, como es muy posible que ocurra, que ella está paseando muy orgullosa con otro héroe de la Patria como nosotros, y, por qué no, que le ha consentido...?

Michel: ¡Cállate! ¡Cállate, o te parto la cabeza!

René: ¿Pero qué te pasa? ¿Es que te has vuelto loco?

Michel: Te he dicho que no me hables de ella. Y hazme caso o te...

René: ¡Soldado Fontaine! Me veo obligado a reprocharle esa conducta impropia de un compañero ante una broma.

Michel: ¡No tengo ganas de bromas!

René: ¿Puede saberse por qué?

Michel: No hace falta.

René: Como quieras.

(René se sienta en su camastro. Michel ha terminado de vestirse. Entra Marie)

Marie: No estorbo, ¿verdad?

René: En su casa no puede estorbar.

Marie: Lo pregunto por si estaban ustedes tratando secretos militares. Yo sé, hijos míos, que aunque quisiesen, no puedan decirme los planes que tiene nuestro Ejército para liberar de la bolsa a los pueblos que ha cercado el enemigo.

Michel: No se preocupe, tampoco les sabemos nosotros.

Marie: Pero alguno habrá, ¿verdad?

René: Es probable.

Marie: Hijos míos, yo pediré a Nuestro Señor que les libre de todo mal.

René: Se lo agradezco.

René: Entonces... decididamente... no quieres que te hable más de ella.

Michel: Decididamente, ¡no!

René: Bien. Tú lo quieres.

Michel: ¿Qué quieres decir?

René: Nada

Michel: Algo has querido significar.

René: Puede ser.

Michel: ¿Te la quieres dar de intrigante?

René: ¿De qué hablas?

Michel: Vamos, no me hagas perder la paciencia. ¿Qué has querido insinuar respecto a Jacqueline?

René: Me has prohibido habarte de ella.

(Michel cambia de táctica)

Michel: ¡Déjate de chanza!

René: Eso es lo que pretendo. No pienso gastarte más bromas.

Michel: ¿Pero hablas en serio?

René: Naturalmente. Por lo que sea, tú ya no sabes recibirlas y no he querido que tú y yo acabemos mal.

Michel: No seas tonto. Por lo menos, no seas tan tonto como lo he sido yo antes al gritarte como te he gritado. Discúlpeme. Ya sabes que soy un exaltado. Y más cuando se trata de ella. Todo es porque la quiero. Y la quiero más allá de los límites humanos dentro de los cuales se puede querer a una mujer, a una muchacha cuando es una muchacha cualquiera. Pero Jacqueline, ¿me escuchas, René?, Jacqueline es única, encantadora. En ninguna parte del mundo se puede encontrar una mujer como ella. ¿No encuentras tú justificado este fuerte amor que siento por ella? Tú sabes que la he amado

secretamente desde mucho antes de venir a la guerra y el secreto lo hemos compartido tú y yo como buenos camaradas. Y ahora sí, ahora que no la veo, ahora la quiero más que nunca. Todos mis pensamientos son para Jacqueline. Yo se los ofrendo cada día a falta de poder ofrecerla mejores cosas. ¡Es tan bella! No puede haber otra igual. Como sus claros ojos azules...

René: ...tienes razón.

Michel: ¿Qué es lo que has susurrado?

René: Que tienes razón. ¿Qué crees? ¿Que porque digo que tienes razón estoy enamorado de Jacqueline? ¡Di! ¿No es eso lo que, como una ráfaga, ha pasado por tu mente? Y bien, tampoco tendrías de qué extrañarte. De tanto enumerarme los encantos de tu adorada, he tenido que caer en la cuenta de que verdaderamente existen y yo he sido un cegato que no he sabido verlos. Y sabiéndolos, ¿cómo puedo resistirme a tanto encanto? ¿Cómo, con esa psicosis de guerra, no dejar libre el pensamiento y soñar con una mujer, con una muchacha bella, que tú con tus elogios has conseguido materializar en Jacqueline?

Michel: ¿Es eso cierto?

René: ¿Acaso no puede serlo? ¿No tenemos todos derecho a soñar? ¿Es que Jacqueline es novia tuya? ¿No podemos los dos soñar con ella?

Michel: ¡No!

René: ¿No? Entonces, me niegas el derecho de enamorarme de la hermosa Jacqueline, la de los claros ojos azules, la de la timidez de gacela, la hermosa muchacha que ignora el amor platónico del soldado Michel Fontaine.

Michel: ¡Ya no sé cuando hablas en serio y cuando estas chanceándote!

René: ¡Ah, amigo! ¡Tampoco yo lo sé!

(Entra Claude, otro soldado francés uniformado)

Claude: Has tenido suerte, René.

René: ¿Por qué?

Claude: Te traigo correo.

Michel: ¿Muchas cartas?

Claude: Hoy, muy pocas. Por eso digo que has tenido suerte. Es una sola carta, pero recibir una carta después de tanto tiempo, ¿no es algo maravilloso? ¡Miradla! ¡Cuánto daríamos, Michel, porque fuese para nosotros!

René: Pero es para mí, ¿no?

Claude: ¡Es para ti! Debe ser remitente femenina. Viene perfumada. Es inteligente. Se ha dado cuenta de que el perfume es lo que más falta nos hace.

(Le entrega la carta)

René: Querrás decir lo que más falta me hace.

(Se guarda la carta)

Claude: ¿Es que no vamos a leerla?

René: Vosotros, no.

Michel: Sigues intrigante.

René: Puede.

Michel: ¿De quién es esa carta?

Claude: Figúratelo. De una que acepta ser su madrina.

(Suena lejano un tiro)

René: ¿Habéis oído?

Claude: Un tiro de paqueo. No tiene importancia.

Michel: No nos dijiste que habías escrito a una chica.

René: No tengo por qué hacerlo. ¿Es que te tengo que dar cuenta de mis actos?

Claude: Bueno, no iréis a reñir por una carta. Ahora debemos estar más unidos que nunca. Puede ser que...

René: ¿Se sabe algo?

Claude: He visto llegar del otro pueblo al general. Se ha reunido a solas con mi coronel y sospecho que ha sido para algo importante. Como no me iba a enterar de nada, revisé el correo que han conseguido pasar esta noche y encontré dos cartas para nuestra compañía. Agarré la que era para ti, René, y me vine a traerla esperando conocer noticias de lo que dejamos atrás allá. Pero, por lo visto, a ti no te interesa lo que pasa allí.

Michel: O le interesa demasiado para tener que repartirlo con nosotros.

René: Ahora me interesa lo que ocurre aquí. ¿Han dado alguna orden?

Claude: ¿Crees que si hubiesen dado alguna orden estaría yo aquí? Pero no tardarán en darla. Me da en la nariz que vamos a tener pronto jaleo.

Michel: Cuanto antes, mejor.

Claude: Bueno, os dejo. He de volver a mi puesto.

René: Adiós, Claude. Y gracias.

(Claude va a hacer mutis cuando Michel lo para. René saca la carta y comienza a leerla)

Michel: Escucha, Claude.

Claude: ¿Qué quieres?

Michel: Calla. Ven acá. ¿Quieres decirme una cosa?

Claude: Pregunta deprisa.

Michel: ¿Quién le ha enviado esa carta?

Claude: Yo qué sé. Una chica.

Michel: ¿No leíste el remite?

Claude: No lo traía, me parece. Si acaso un par de letras. No recuerdo. No fijé en ello mi atención.

Michel: ¿Y el matasellos? ¿De dónde venía?

Claude: Eso no lo miro nunca. El remite, sí. Instintivamente. Pero el matasellos ni cuando son para mí.

Michel: ¿No tienes algún dato? ¿No recuerdas algo que nos oriente?

Claude: Y a mí, ¿qué me interesa? Si tanto interés tienes, preguntáselo a él.

Michel: ¿No has visto que no quiere decirlo?

Claude: Pues yo no me fijé. Sólo sé que estaba perfumada. Oña muy bien. ¿Pero que interés tienes tú?

Michel: No. Nada. Simple curiosidad. Como se la guardó...

Claude: ¡Calla! Ahora recuerda. La que no traía remite era la otra carta. Esta sí. Ponía algo como Jacqueline. Oye, ¿no será tu amor, verdad?

Michel: ¿Estás seguro que ponía Jacqueline?

Claude: Completamente seguro. Preguntáselo, verás.

Michel: ¿Para qué? No tiene importancia. Anda, márchate, que te estoy entreteniéndolo.

Claude: Tienes razón. Hasta la noche.

(Claude hace mutis)

Michel: ¿Buenas noticias?

René: No puedes tú figurarte cuánto.

Michel: ¿Tan buenas son?

René: Estupendas. ¿Quieres que te lea un trozo para que te des una idea? Escucha, "...para una mujer, es demasiado

atrevido declarar a la persona que ama, así, abiertamente, su amor. Por eso...”

Michel: No veo las exquisiteces por ninguna parte. Pero sigue. Puede ser que lo bueno venga en la continuación.

René: Efectivamente. Lo que sigue es lo más asombroso.

(René se guarda la carta)

Michel: Pues léemelo.

René: No. Ya no puedo leerle más.

Michel: ¿Por qué no? Ella no va a saberlo. ¿O acaso temes que se lo vaya a decir yo?

René: Para eso hace falta que la conozcas.

Michel: ¿Y no la conozco?

René: ¡Ah! Quieres saber demasiado.

Michel: Puede ser que ya lo sepa.

René: Entonces...

Michel: Entonces tengo que decirte que eres un mal amigo, un miserable...

René: ¡Basta! ¡Estás demasiado insolente hoy y aunque seas mi amigo, no estoy ya dispuesto a consentírtelo!

Michel: ¡Niégame que has escrito a Jacqueline! ¡Anda, dime que es mentira que esa carta es de ella! ¡Niega que te has dirigido a ella sabiendo que yo...!

René: ¡No tengo por qué darte explicaciones de mis actos!

Michel: ¡Ni puedes! Porque lo que has hecho no tiene justificación.

René: No sabes lo que dices. Me estás insultando a tontas y a locas sin saber. Estás dando palos de ciego y así no lograrás acertar. ¡Peor para ti!

Michel: ¿Qué quieres decir?

René: ¡Nada!

Michel: ¡René! ¿Quieres decir que esa carta que te ha traído Claude no es de Jacqueline? ¿Es eso cierto? Claude me dijo que el remite... ¡Qué tonto he sido! ¡Ha sido una broma de Claude, una torpe broma! Siempre estáis riéndoos a mi costa. ¿Cómo he sido tan tonto que no me he dado cuenta? Perdóname, René. Soy un loco. No razono. Ya sabes cómo la quiero. Ya sabes que sería capaz de cualquier cosa por impedir que me la quitaran.

(Se oyen tres o cuatro disparos de mortero, lejanos)

René: ¿Oyes? Parece que Claude va a tener razón.

Michel: Déjate ahora de eso. Escúchame, René, buen amigo. Ya sé que Claude se ha burlado de mí, pero, compréndelo, yo me quedaría más tranquilo si me enseñases esa carta.

(Entra Monique, corriendo)

Monique: ¿Has oído? ¡Están disparando! Dentro de poco les tenemos aquí.

Michel: ¡Déjanos en paz ahora!

René: No seas bruto.

Michel: ¿De qué se asusta? ¿De cuatro disparos?

René: Ven, Monique, no hagas caso. No tengas miedo. ¿Dónde está tu madre?

Monique: Ha ido a vender el tabaco.

Michel: ¡Ah, conque lo vendía!

René: ¿Qué te creías?

Monique: O habrá ido a cambiarlo por algo de comer.

René: Estaría más tranquilo si estuviese ella contigo. Si hay jaleo, mejor estáis juntas. En caso de evacuar la población, es preferible que vayáis las dos. Y si os quedáis, también. Nosotros tendremos que marchar. Es lo más probable.

Monique: No, no. Yo quiero que sigan aquí. No quiero que luchen.

Michel: Tiene miedo por tu vida. No sabe que tú picas más alto.

René: ¿Te quieres callar?

Michel: Amiguita, no seas ingenua. René no se interesa lo más mínimo por ti. Ya tiene por quien interesarse.

René: ¿Qué bobadas estás diciendo?

Michel: ¿Bobadas? Enséñala a ella la carta. Esa carta perfumada que has recibido hoy.

Monique: No quiero ver carta alguna.

Michel: No sabes lo que dices, chiquilla. Es de... de una madrina de guerra que él tiene desde hoy.

Monique: Le alegrará la campaña.

Michel: ¿Y a ti eso no te importa? No lo creo. ¿O es que tú no eres celosa?

René: ¿A qué vienen tales preguntas?

Michel: ¿Es que no lo sabes? Ella está enamora de ti. Y tú...

Monique: ¡Cállese!

Michel: ...sin saberlo. Y es lástima que no se lo hayas dicho antes. ¿No es cierto, René, que de haberlo sabido no hubieses solicitado madrina?

René: ¡Te estás poniendo insoportable!

Michel: ¡Las cosas claras! Si la quieres, saca la carta y rómpela delante de ella.

Monique: No creará usted, René, que sea verdad lo que le ha dicho. Yo a usted le aprecio muchísimo, le estoy enormemente agradecida, pero no...

Michel: ¿A qué viene esa estúpida postura? ¡Ah, mujer, mujer! Siempre la maldita vergüenza. Pero René sabe, tiene

que saberlo, que he dicho la verdad. ¿No, René? Y tú, siempre tan generoso, tan bueno, no irás a dejarla con esa tácita preocupación que tanto mal le está haciendo. ¡Vamos! Si esa carta no tiene importancia, ¿por qué no se la enseñas?

René: ¡Déjame en paz! Sé lo que pretendes. No me he creído una palabra de esa farsa. Quieres ver la carta y recurres a todas las añazagas, pero te aseguro, ¿lo oyes bien? ¡Te aseguro que no la verás!

Michel: Y yo te aseguro que hasta que no logre verla, no cejaré.

René: ¡Varnos, déjame paso!

(Le empuja y sale para evitar el rubor de Monique)

Michel: Luego era cierto, ¡era cierto!

Monique: ¿Por qué le ha dicho usted que yo estoy enamorada de él?

Michel: ¡Calla! Tenía que averiguar, ¡y lo he averiguado!

Monique: Pero no debió hacerlo utilizándome a mí y menos exponer mis sentimientos.

Michel: Era preciso. Tenía que saber si me había quitado la novia. Y el muy... miserable lo ha hecho. Ya no me queda ninguna duda.

Monique: René no es capaz de hacerle a usted eso.

Michel: Eso creía yo.

Monique: Yo estoy segura.

Michel: Tú qué sabes.

Monique: ¡Lo sé!

Michel: ¿Cómo puedes decirlo tan segura?

Monique: Porque me lo dice el corazón.

Michel: ¡El corazón! El corazón no dice nada. Yo soñaba todas las noches con Jacqueline... y mi sueño era venturoso,

feliz... Con los ojos abiertos, en el puesto de guardia, veía el rostro sonriente de Jacqueline señalado por las estrellas. Y me creía el más feliz de los mortales. ¡El corazón no me decía que ella le había escrito a él, a mi mejor amigo!

Monique: Si no se lo decía el corazón, entonces es que no ha pasado nada.

Michel: Si. Ya no podré soñar con Jacqueline, cuando allá lejos, con el arma entre las manos, tenga que hacer el puesto. Ya no podré ver a mi lado a René sin pensar que me ha traicionado.

Monique: Eso es cierto. Lo conozco bien. René es bueno y no se ha portado usted bien con él.

Michel: ¡Cállate ya! Y lárgate junto a él, si lo prefieres, pero no me des monsergas.

(Monique sale al tiempo que entra Claude. Michel se ha tumbado en su camastro)

Claude: Vengo a preveniros. Vamos, preparaos. Busca a René. Creo que ha llegado la hora.

(Michel se levanta y le agarra de las solapas de la guerrera)

Michel: Me has engañado. Y atiéndeme una cosa, Claude, si vuelves a hacerlo ten por seguro que te parto la cabeza.

Claude: ¡No te he engañado! El remite no sé si era de ella. Ya te lo dije.

Michel: Me dijiste que era Jacqueline.

Claude: Y eso supongo yo. Solamente había dos letras. Una jota y una eme. ¿No son esas las iniciales de Jacqueline?

Michel: Entonces, ¿por qué no me lo dijiste al principio?

Claude: Prefería que lo averiguases tú sólo, pero por otro lado me molestaba que René impunemente te hubiese hecho

una guarrería. Cuando él se guardó la carta, era señal de que quería ocultarla deliberadamente.

Michel: ¡Está bien! Hasta ahora no estaba completamente seguro de si me habías engañado o no.

(Suena lejana una corneta llamando a filas)

Claude: Bueno, vamos. Déjate de eso ahora. No hay tiempo que perder.

(Sale corriendo. Michel vuelve a tumbarse en el camastro con las manos en la nuca. Al momento entra René)

René: ¿Qué haces? Están llamando.

Michel: ¿Y qué?

René: Vamos.

Michel: Yo no voy. No tengo ganas de luchar.

René: ¿Por qué? ¿Por lo de la carta?

Michel: Por lo que a ti no te importa.

René: No hagas tonterías. Te declararán desertor. ¿Quieres que te fusilen?

(Coge un fusil, lo carga y se lo entrega a Michel)

Toma

(Michel rechaza el fusil y René lo deja cerca del camastro de su amigo)

Michel: No lo quiero. Si quieren declararme desertor, que lo hagan. Me es indiferente.

René: Vamos, Michel, ¿es que tienes miedo?

Michel: Todo lo contrario. Ahora no tengo miedo a nada.

(Vuelve a sonar la corneta. René toma el otro fusil y lo carga)

René: Nos están llamando. Si es por lo de la carta, ya le explicaré.

(Ríe quedamente)

No seas tonto. Es una bobada. Ahora no hay tiempo, pero si lo tomas así... voy a tener que dejártela.

Michel: No lo harás. Por otro lado no la necesito.

René: Te equivocas.

Michel: ¡Te he dicho que ya no la quiero! No deseo ya saber lo que te dice.

René: Y yo te digo que te interesa. Vamos, coge tu fusil y ya hablaremos.

(Vuelve a sonar apremiante la corneta)

No hay tiempo que perder.

(Michel se levanta)

Michel: ¡Pues vete! Vete antes de que estalle en improperios. ¡Eres un canalla! ¡Sabías que yo le quería y calladamente, traicioneramente, te me has adelantado!

René: No se puede hablar contigo. Cuando se te pase, ya te lo diré. Pero tienes que tener fe en mí, sin que tenga yo que enseñarte nada. ¿Es que nuestra amistad no merece tu confianza? Vamos, Michel, es una tontería y vamos a luchar. Debemos reconciliarnos, por si morimos...

Michel: ¡Yo no voy ni quiero reconciliación contigo!

(Suenan tres disparos)

René: ¡Está bien!

(Se da la vuelta y va a salir, pero Michel levanta su fusil y dispara. René cae pesadamente sin un grito. Michel rápidamente, le registra y le arrebató la carta. Lee ávidamente, cuando entra Monique, quien reprime un grito)

Monique: ¡René! ¡René! Está muerto...

(Con sorpresa Michel ha dejado de leer. Se le cae la carta de las manos y se echa él sollozante en el camastro.)

Monique, aletada, sorprendida, sin saber lo que hace, recoge la carta y penosamente lee:)

Monique: "...para una... mujer es demasiado... atrevido... declarar a la persona que ama...así, su amor... Por eso, confiando en tu discreción... te pido que Michel Fontaine ignore esta carta... pero ánimale a escribirme... en la seguridad de que yo..."

(Se vuelve Monique a Michel interrumpiendo la lectura)

¡No era a él! ¡No era a él a quien ella quería! ¡Criminal! ¡Y lo has matado! *(Sollozando)* ¡Criminal, criminal!

(Y corre a abrazarse al cuerpo del soldado amado, mientras cae el

TELÓN



**POCOLÍN Y EL BAÚL DE LOS
DISFRACES BONITOS**

*Obra de teatro infantil en un acto, original
para ser estrenada por niñas y niños*



ESCENA:

Un viejo desván en el que hay, entre otros muchos objetos que han sido arrinconados por desuso, un llamativo baúl. El techo, abuhardillado, tiene un ventanuco por el que penetra la luz del día. Una sola puerta de entrada que se supone da a la escalera.

ACCIÓN:

Pocolín, de espaldas al público, lee una revista infantil. Al advertir que se ha levantado el telón, deja el TBO, se vuelve y dice al público:

POCOLÍN: ¡Hola amiguetes! Estáis ahí para ver algo de mi vida, ¿verdad? Pues veréis; este sitio es el desván del abuelo. Un lugar estupendo para cuando uno quiere estar solo o hacer algo sin que le espíen los mayores. Porque aquí, amigos, las personas no vienen más que dejar trastos, cosas y muebles que ya nos les son de utilidad, como ese perchero, esas sillas, aquel brasero... En esos casos, si estoy aquí y no quiero que me vean... ¡os voy a descubrir el secreto puesto que sois buenos amigos míos y no se lo vais a decir a nadie! ¿Verdad? Pues atended. Como la escalera está algo vieja, alguno de sus escalones, cuando lo pisan, aunque sea sin querer, se queja; con tan agudo sonido que yo, aunque también sea sin querer, pues... lo oigo, ¿eh?, como ahora. ¿No lo oís vosotros? Por favor, un poquito de silencio. ¿Lo escucháis, verdad? Os ruego que no me descubráis. Suben, suben y yo... ¡Zas!

(Abre el baúl y se introduce en él)

Me oculto en este baúl desde donde escucho todo lo que dicen y veo, por una rendija que dejo, cuanto por aquí hacen. ¡Hasta luego, amiguetes, y ya sabéis, por favor no digáis que estoy aquí!

(Deja caer la tapa del baúl al tiempo que se abre la puerta y entran Nolete, Celia y Alicia, hablando. No permanece Pocolín encerrado. Adosado al baúl a la pared, sale el niño por una abertura posterior invisible)

Nolete: ¡Vamos, chicas! Entrad enseguida. Entrad y cerrad. ¡Cierra pronto, Celia!

Celia: Pero es que... esta puerta no se puede cerrar, Nolete.

Alicia: ¿Pues qué le pasa?

Nolete: Déjame a mí.

Celia: Que tiene un pestillo.

Nolete: Bueno, dejémosla empujada. De todas formas aquí no nos buscarán.

Alicia: Por lo menos, podremos descansar un rato. ¡Uf, que silla más sucia!

Celia: ¡Lo que hemos corrido!

(Se sientan las dos después de sacudir dos sillas)

Nolete: Pues no estáis poco cansada... ¡Eh, no levantéis tanto polvo!

Celia: Oye, Alicia.

Alicia: ¿Qué?

Celia: Que como nos sientan Paco o Colás, estamos perdidas.

Nolete: ¿Por qué?

Celia: Mira *(Señala la habitación)*

Alicia: Es verdad, Nolete. La única salida que tenemos es la de esa puerta.

Celia: Como se le ocurra a Mariló fisgar por aquí, no tenemos escapatoria.

Alicia: Y si es así, será el tercer juego que nos ganan.

Nolete: Bueno, bueno, no seáis pesimistas.

Alicia: Deberíamos salir y buscar otro escondite.

Celia: Antes de que sea demasiado tarde, Nolete.

Nolete: A mí me parece éste un sitio estupendo. Ya veis que no le conocíamos.

Alicia: Porque hasta hoy no ha estado abierto el portón del abuelo de Pocolín.

Nolete: Pues Paco, Colás y Mariló tampoco lo conocen.

Celia: Pero lo pueden encontrar como nosotros.

Nolete: O descubrimos por el ruido de vuestro parloteo, porque es que no os podéis estar calladas, ¿eh? ¡Es que las mujeres sois más habladoras...!

Celia: Ja, ja. ¡Adiós el mudo!

Alicia: Pues sí que no ha dicho él nada.

Nolete: Como que con vosotras no se puede estar callado.

Celia: Pues estate que para eso eres el capi.

Nolete: ¡Qué rica! ¡Para eso!

Alicia: ¡Hombre, para eso y para...!

(De golpe se abre la puerta y entran Paco, Colás y Mariló)

Paco: ¡Arriba las manos, nenes!

Colás: ¡Alto, rendíos por las buenas o vais al matadero!

Mariló: ¡Sello, sello, matasello, pom, pom, pom! ¡Habéis perdido! ¡Habéis perdido otro juego! ¡Se acabó!

Nolete: Vaya, hombre: ¡con versitos y todo!

Colás: ¡Fenomenales policías que somos!

Alicia: Bueno, bueno. Tres juegos nada más. No es para tanto.

Paco: Os lo seguiremos demostrando. Ahora nos toca a nosotros escondernos.

Celia: ¿Por qué no jugamos a otra co... ¡Aaaaaaaaay!

Nolete: ¡Caray!

Alicia: ¡Chica, qué susto!

Mariló: ¿Pero qué te pasa?

Paco: ¿Es que vas a cantar flamenco?

Celia: Se... se...

Colás: ¿Sevillanas?

Celia: Se... se...

Paco: Se ¿qué?

Celia: Se...

Nolete: Pero ¿qué sabes Celia? ¡Dilo ya!

Celia: ¡Se ha movido la tapa del baúl!

Colás: No digas bobadas. ¡La tapa sola se va a mover!

Mariló: Hija, Celia, no nos metas miedo.

Alicia: ¿Habrán fantasmas en este desván?

Paco: ¡Fantasmas! ¡Qué tonterías se os ocurren a las chicas!

¡Fan... fantasmas!

Alicia: ¿Pues qué ha sido?, vamos a ver.

Nolete: Simplemente que a Celia le ha parecido ver que la tapa se movía. Una especie de alucinación.

Paco: Dicho de otra forma: mieditis.

Celia: Pues, hijo; ni que vosotros no lo tuvierais nunca.

Nolete: ¿Miedo? Yo, no.

Celia: Pues yo, si os digo la verdad...

Colás: No irás a decir que tienes miedo.

Celia: Lo que sí os digo es que este sitio no me gusta nada.

Alicia: Mujer, tiene su encanto tener tantas cosas a nuestra disposición...

Paco: Como que se me ocurre que podríamos jugar aquí desde ahora.

Mariló: ¿Aquí? ¡Ni hablar!

Colás: Pero, Mariló, ¿es que vas a tener miedo estando nosotros aquí?

Nolete: Bueno venga. ¿A qué jugamos?

Celia: Pero, ¿de verdad queréis que juguemos aquí?

Paco: Hay muchas cosas interesantes en este sitio.

Nolete: Como que es un sitio sensacional, chicas.

Colás: Un sitio estupendo para jugar con tantas cosas como aquí hay. Si vosotras os queréis ir, pues os vais y ya está.

Mariló: No nos vamos ninguna. A valientes no nos ganáis.

Paco: A que os dejamos solas...

Celia: ¡No!

Paco: ¿Lo veis? Celia tiene mieditis. La que presume de valiente es Mariló.

Celia: Porque os aseguro que se ha movido. De verdad.

Nolete: Pues que se mueva otra vez. ¿Veis? ¡Nada! ¡Con nosotros no se atreven los fantasmas!

Alicia: ¡Calla! Por Dios, no vaya a ser que...

Nolete: ¿Qué?

Celia: Mira que si...

Colás: ¡Que con nosotros no se atreven los fantasmas!

(La tapa del baúl se levanta poco a poco)

Celia: ¡Mirad!

Mariló: ¡Ahí va!

Nolete: ¡Sálvese el que pueda!

Colás: ¡Socorro!

(Atropelladamente buscan todos la puerta. La tapa se alza rápidamente y aparece dentro del baúl Pocolín)

Pocolín: Pero ¿dónde vais?

(Se vuelven los que no han llegado a salir y entran los demás)

Paco: Pero, ¿estabas ahí?

Nolete: Te daba así... ¡gracioso!

Colás: Vaya susto que nos has dado, tú.

Alicia: Hijo, Pocolín, vaya bromas.

Mariló: Eres un gracioso, Pocolín. ¡Menudo susto nos has dado!

Celia: Y menos mal que yo avisé, que si os pilla desprevenidos... Os lo dije: se mueve la tapa, se mueve la tapa.

Paco: Yo ya iba a levantarla para...

Pocolín: Sí, sí... (*Sale del baúl*)

Nolete: A ver si te crees que teníamos miedo de verdad...

Pocolín: ¡No! Y menos sabiendo que estaba ahí solo.

Paco: Lo que pasa es que estábamos jugando a huir.

Pocolín: ¡Claro! Y ahora querréis seguir jugando a marcharos ¿no?

Nolete: No nos da miedo este sitio, tú. Estamos dispuestos a jugar aquí.

Celia: ¿Siiii? ¿Y a qué? Porque yo a lo de antes, ¡ni hablar!

Pocolín: Si os parece, podéis jugar a disfrazaros.

Mariló: ¡Eso, eso! Disfrazarse es estupendo.

Colás: ¡Yo de fantasma!

Alicia: ¡Quita allá! ¡Ni lo nombres, chico! No vaya a ser que...

Mariló: ¿Con quién estabas, Pocolín?

Pocolín: ¡Aaaah!

Paco: ¡Qué misterioso!

Colás: Pues con mirar dentro del baúl, arreglado.

Alicia: ¡Eso! Mira, Colás, tú que estás ahí.

Colás: (*Apartándose del baúl*) ¿Yo? Que mire Nolete que está más cerca.

Nolete: ¿Qué pasa?

Celia: ¿Vas a levantar la tapa? A ver si...

Pocolín: ¿Por qué no? Para que sepáis con quien estaba yo. ¿O no queréis saber?

Colás: ¡Sí, sí! Que lo abra, que lo abra.

(*Gran expectación. Nolete con grandes precauciones abre el baúl. Excepto Pocolín, los demás dan un paso atrás*)

Nolete: Son trajes. Pocolín estaba con trajes de colores.

Colás: ¡Vaya bobada!

Pocolín: Por eso os dije que podíais jugar a disfrazaros. Con esos trajes os podéis convertir en diferentes personajes de ilusión. Ser, durante el juego, lo que más os guste ser. Uno puede hacer de pirata, otro...

(Los demás se acercan al baúl. Mariló saca un vestido)

Mariló: ¡Huy, mirad, qué preciosidad!

Nolete: ¡Andaaa, si es de bailarina!

Alicia: ¡Es precioso!

Mariló: ¡Estoy deseando disfrazarme! Quiero ponérmelo. No pasará nada de eso, ¿verdad, Pocolín?

Pocolín: ¿Qué va a pasar? Que te sentirás toda una bailarina, aplaudida por mil públicos.

Mariló: ¿Qué os parece? ¿Jugamos a disfrazarnos?

Alicia: Bueno. Yo te ayudo.

Paco: Disfrazarse es juego de niñas. Vamos, me parece a mí. Pero, si queréis...

Nolete: Y yo ¿me pongo éste?

Colás: ¡Un uniforme de general!

Pocolín: Póntelo, Nolete, y serás con él casi, casi un Napoleón, vencedor de cien combates.

Nolete: ¿Quién me ayuda?

Paco: Yo mismo.

Celia: ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!

Alicia: Sí que es un juego divertido.

Colás: Y ese disfraz, ¿de qué es?

Pocolín: Ese es de pirata. Es del que os hablaba antes.

Paco: ¡Ah, pues para mí! A mí siempre me han gustado las novelas de aventuras. Trae, trae. Seré una especie de

Barbarroja sanguinario. ¡¡Aj!! (Ríe) Sí, sí. Ni el general podrá conmigo.

Noletc: Eso ya lo veremos cuando saque mi espadón...

Alicia: ¡Eh! Mirad, un traje de payaso, de tonto.

Celia: No es de payaso, es de clown.

Alicia: Bueno. Es igual.

Colás: No es igual. El otro es el tonto, el que recibe las bofetadas. Este es el que más sabe.

Paco: El que más sabe, sí; pero a veces el tonto... es más listo.

Colás: Pero éste es más bonito. Y además como aquí parece que no hay traje de tonto... no habrá bofetadas. ¡Voy a ponérmelo!

Mariló: ¿Y cómo te pintarás la cara de blanco?

Pocolín: Se la pintaré yo. Tengo por ahí una pintura especial para ello.

Colás: ¡Qué bueno!

Paco: ¡Formidable, chico!

Nolete: Y vosotras, ¿no encontráis nada?

Alicia: Sí; yo, un vestido de novia. ¡Fijaos qué maravilla!

Celia: ¡Qué bonito! Es ideal, Alicia.

Colás: Te faltará la pareja.

Alicia: No, porque me puedo casar con el general. Los generales se casan de uniforme. Ja, ja, ja.

Paco: O con un Pirata. Ja, ja, ja. Los piratas como yo también se casan de uniforme.

Colás: Ja, ja, ja.

Pocolín: ¿Y tú de qué te vistes?

Celia: Yo de nada. Sólo queda un montón de andrajos.

Paco: Entonces, haz de pobre.

Celia: Yo no quiero ser pobre en mi vida.

Colás: ¡Eh, Pocolín, que me pintas dentro del ojo!

Pocolín: Perdona, Colás. Y tú, Celia, ¿has mirado esos dos paquetes? Son los dos más valiosos. Si no quieres hacer de pobre, abre uno de ellos. Seguro que lo que encuentres te gustará.

Celia: A ver, a ver.

(Celia abre uno)

¡Oh, qué riqueza!

Mariló: ¡Una corona!

Alicia: ¡Es un vestido de reina!

Pocolín: ¿Te gusta?

Celia: Éste sí.

Nolete: ¡Pues pónelo!

Celia: Ayudadme vosotras.

Alicia: Yo no te ayudo porque soy una novia, y una novia no va a ponerse a vestir a una reina por muy reina que sea.

Mariló: Ni una bailarina famosa, como soy yo, va a hacerlo. Todo lo más que puedo hacer es que, cuando estés vestida, te llame majestad y dance en tu honor.

Pocolín: Te ayudaré yo. Es muy fácil, verás. La túnica... el manto...

Colás: ¡Qué traje más bonito!

Pocolín: El cetro...

Mariló: ¿Estoy yo bien?

Nolete: Guapísima.

Celia: ¿Y para qué sirve?

Pocolín: Es el símbolo del mando.

Colás: ¡Para mandar! ¿Habéis oído?

Celia: ¡Soy una reina y habréis de obedecerme todos!

Colás: Todos, menos los payasos. Los clowns no tienen que obedecer a nadie.

Paco: Ni los piratas. "Que es mi barco mi tesoro y mi dios, la libertad"; que dijo no sé quién.

Pocolín: Espronceda.

Paco: ¡Ese, Espronceda, en no sé qué canción!

Nolete: En la canción del pirata, ignorante.

Paco: ¡Vaya, el listo!

Nolete: ¡Más respecto a un general!

Paco: ¡Más respeto a un pirata! Ya veis, hasta tengo una canción.

Pocolin: ¡Atención! Llegó el momento solemne.

Celia: El momento más feliz de mi vida.

Paco: ¡La coronación de la reina!

Pocolín: ¡Descubríos!

Nolete: Los generales se cuadran, no se descubren. Que se descubran el pirata y el payaso.

Celia: Y los demás, inclinaos.

(Pocolín corona a Celia y ésta se convierte en Reina. Música de coronación. Empieza el juego, una pequeña comedia)

Payaso: ¡Yo tiro mi gorro a lo lato!

(Lo hace y le cae encima al pirata)

Pirata: ¿Qué haces, tonto?

Payaso: No soy tonto, soy clown.

Pirata: ¡Pues vas a tirar el gorro a... tus narices!

Payaso: ¡Qué mal genio!

Pirata: Y cuida no te cuelgue del palo mayor de mi barco.

Payaso: Ja.

General: ¡Atención! ¡Viva la Reina!

Todos: ¡Viva!

Pirata: Ahora es el momento de que, para celebrar la coronación, la famosa bailarina Lucila Cherina baile en honor de la soberana.

Payaso: ¡Eso, que baile! ¡Viva la Reina!

Todos: ¡Viva!

Bailarina: (*Dándose gran importancia*) Tengo muchos contratos, pero accedo a tan acostumbrada petición. He bailado en la corte de muchos y muy importantes reyes. Los periodistas me asedian. Las embajadas me solicitan constantemente que visite sus respectivos países, ¿saben ustedes?

Payaso: ¿Es posible? ¡Qué curioso!

Bailarina: No le extrañe. Mi categoría es universal.

Novia: ¿Baile tan bien?

(*La bailarina no contesta. Suena una música. Pocolín cubre con una colcha un sillón y ofrece este trono simulado a la reina, que se sienta*)

Payaso: Y yo, ¿qué hago?

General: ¡Espanta las moscas de la reina, atontado!

(*Forman un semicírculo en cuyo centro queda la reina. Ante ellos baile "Lucila Cherina". Cuando termina, todos aplauden*)

Es el momento de anunciar a todos mi próximo enlace con la bellísima señorita "Linda González de Guzmán", de encumbrada familia nacional. Naturalmente, solicito respetuosamente que su majestad me honre con su asistencia.

(*Todos aplauden*)

Payaso: Jo, jo. ¡Qué finolis! Jo, jo, jo, jo.

Reina: Asistiré, mi buen Leopoldo. Asistiré muy gustosa. Y en premio a los buenos servicios que has prestado a la corona, seré la madrina de vuestro enlace.

Payaso: Y yo, ¿qué hago?

Pocolín: Asiste también, hombre.

Payaso: Podía hacer un juego de manos en honor de los contrayentes.

Novia: Los payasos no hacen juegos de manos.

General: Llevarás la cola del vestido de mi novia.

Payaso: Los payasos no llevan la cola de los vestidos de las novias.

General: ¡Pues la llevarás, imbécil!

(Le da una bofetada)

Bailarina: Pocolín puede ser el padrino.

Pocolín: Está bien. Asistamos a la ceremonia.

(Forman el cortejo hacia el altar, representado por el baúl. Pocolín dando el brazo a la novia a la que sigue el payaso, que lleva la cola del vestido blanco. Detrás el general ofreciendo su brazo a la reina. Música de Meldhelson. La bailarina mira y detrás de ella se coloca el pirata)

Pirata: *(Aparte)* Ahora que están distraídos es el momento. Pediré un buen rescate por ella.

(Tapa con la mano la boca a la bailarina y se la lleva a un rincón del escenario. Pocolín se sienta en el baúl a contemplar todo)

Bailarina: ¡Uf! ¡Oh! ¡Uf!

Todos: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Payaso: ¡Eh! ¡Que secuestran a nuestra bailarina!

General: ¡No puedo consentirlo! El deber militar me impide casarme en este momento, querida.

Novia: ¡Pero, amor mío! General, a nosotros ¿qué nos importa?

General: La bailarina es una gloria nacional.

Payaso: Eso es verdad. Bailó en el acto de coronación de nuestra soberana.

Reina: ¡Pobre Lucila Cherina!

General: No os preocupéis, majestad; aquí estoy yo.

Payaso: Y yo.

Pirata: Si la queréis, tendréis que pagar un fuerte rescate por ella.

Reina: Podríamos parlamentar.

Payaso: Yo me ofrezco de parlamentario.

Pirata: Tendréis que darme la corona de brillantes de la reina.

Reina: ¡Ah, mi corona, no!

Payaso: ¿Por qué no me la cambiáis por mi gorro blanco?

Mirad que bonito es.

Bailarina: Sí, sí; por lo que sea. ¡Salvadme!

Novia: Eso, por lo que sea; pero pronto que tengo que casarme.

Pirata: ¡Quita, tonto!

(Le da otra bofetada. El payaso, vuelve)

Payaso: ¡No sabe parlamentar!

General: ¡Fracasadas las palabras, deben hablar las armas!

Novia: ¡Qué frase tan bonita!

Payaso: Pasaré a la historia. Como mis bofetadas.

(El general saca su espada y se bate con el pirata)

Novia: ¡Pero se va a luchar!

Reina: ¡Es un valiente!

Novia: ¡Ay, que desgracia!

Reina: Le nombraré mariscal. Os lo prometo.

Payaso: El otro también es un valiente. Y también sabe dar bofetadas. Los dos, los dos saben darlas. Uno, aquí y el otro aquí. Merecían ser atravesados los dos.

Reina: No digas payasadas.

Novia: ¡Eso va a ser muy difícil... a un payaso!

Reina: Pues es necesario que me obedezca. Para eso soy la reina. ¡Hale, no digas payasadas y vete en ayuda de mi gran general, tonto!

Novia: Si, corre ¿no ves mi desgracia? Por culpa de esa lucha no me puedo casar.

Payaso: No se aflija, señorita. Yo, el gran Tonete, puedo auxiliaros. Estoy dispuesto a ayudar al general.

Novia: ¿Y cómo, si no tienes espada ni arma alguna?

Payaso: Muy fácil: puedo casarme con usted, ji, ji, ji.

Novia: ¡Insolente!

Payaso: ¡Encima! Jo, jo, jo.

Bailarina: Pero socorredme.

General: ¡Ay!

Reina: ¡Le ha herido!

Payaso: Es un malvado.

Novia: ¿El general? ¿Mi prometido? ¡Toma!

(Da una bofetada al payaso)

Payaso: Me refería a...

(El general cae. El pirata ríe)

Pirata: ¡Vencí!

General: ¡Sangre!

(Se mira la mano manchada de rojo y se desmaya)

¡Ooooooh!

(El pirata se dirige a la reina)

Pirata: Ahora, si queréis que esta famosa bailarina baile de nuevo para vos, Majestad, tendréis que darme no sólo vuestra corona, sino también vuestro precioso cetro de oro.

Reina: Entendeos con mi parlamentario, que ya sabe él que no puede ofrecer ninguna de mis alhajas.

Pirata: ¿Y quién es vuestro parlamentario? ¿Este tonto?

Reina: ¿Tonto? Payaso, que no es igual. Él es mi parlamentario.

Payaso: ¿Yo? ¡Yo no! Sedlo vos misma, que ya no soy tonto.

Reina: Yo tengo que hacer algo más importante que lograr la libertad de la bailarina. He de premiar el heroísmo de un valeroso soldado, herido en el campo de batalla.

(El pirata ríe. La bailarina llora. La novia acude a socorrer al general, dándole cachetitos cariñosos en la cara)

¡Pronto, dadme una condecoración!

(Pocolín le entrega una gran cruz de cartón sujeta con un imperdible, en una bandeja)

Gracias.

(Se acerca al general)

Vosotros sois testigos, pueblo fiel, de que la Corona sabe recompensar a sus héroes. Inconsciente y todo, pongo sobre su heroico pecho un nuevo estímulo, un nuevo acicate en forma de premio con el nombre de Gran Cruz del Héroe Herido.

Novia: Gracias en su nombre, Majestad.

Reina: De nada, guapa.

Pirata: ¡Basta de palabrería inútil y de condecoraciones incitadoras a la vanidad, reina de pacotilla! ¡Soltad vuestras

alhajas de una vez por todas u os prometo que, si no, no volveréis a ver otra vez danzar a esta mujer!

Reina: No merece la pena. Bailaba igual que un avestruz desplumado.

Bailarina: (*Dejando de llorar*) ¿Qué dice esa insensata?

Payaso: No sabe ser reina. Lo prudente, no teniendo soldados para enviarlos a la lucha, es pagar.

Reina: ¡Payaso!

(*Le da una bofetada*)

Payaso: ¡Ay! ¡Si no digo con cetro y corona!...

Reina: ¡Con nada!

Payaso: Aunque la bailarina no sepa bailar, siempre servirá para cualquier otra cosa.

Bailarina: ¿Qué dice ese tonto?

Payaso: Payaso, payaso.

Bailarina: ¡Triste suerte la mía! En manos estoy de un pirata que si me valora es para cambiarme, de un payaso que no me cree artista y de una reina que además es tan egoísta, tan insensata y tan...

Reina: Esa mujer me ha insultado. Pirata, podéis matarla.

Pirata: Mi espada no está al servicio de las reinas. Veo que esta mujer no vale nada. Me llevaré a la novia. Acaso el general, cuando vuelva en sí, sea más consecuente que vos y pague.

(*Volviéndose a la novia*)

¡Vamos, venid conmigo si no queréis perder vuestra preciosa vida!

Novia: Pero... ¿es que me raptáis a mí?

Pirata: Tú lo has dicho, palomita.

Novia: ¡Qué emoción! Nunca había vivido una aventura semejante. ¿Y me obligaréis a casarme con vos? ¡Qué ilusión me hace todo! Creo, señor pirata, que ya os amo un poco.

Payaso: Esa novia sólo piensa en casarse.

Reina: Como todas las novias, tonto.

Payaso: Ya estoy harto de que me llaméis tonto.

Reina: Pues os llamaré payaso, bobo, entonces.

Payaso: Es que ya estoy harto de que me llaméis... ¡de todo! Esto no se puede consentir.

Novia: ¿Y qué vas a hacer? Lo que yo, aguantarte.

Payaso: ¿Qué voy a hacer? Lo primero, gritar: ¡Abajo la reina! ¡Fuera el pirata!

Pirata: ¿Y eso por qué?

Payaso: Por injustos y egoístas.

Reina: ¿Sólo nosotros? ¿Y la novia, qué?

Payaso: Pues... también. Por infiel.

Pirata: Y la bailarina por vanidosa, como la reina.

Bailarina: Más vanidoso es el general y encima no sabe vencer.

General: (*Despertando*) ¿Quién me llama?

Pirata: Ahora se despierta.

General: ¡Estoy herido! ¡Oh, qué medalla tan bonita!

(*Se levanta*)

Reina: Os la impuse yo.

Payaso: Me dais pena.

(*Comienza a quitarse el disfraz*)

General: ¿Qué le pasa a éste?

Novia: Que no nos aguanta.

General: ¿Y qué vas a hacer?

Novia: Lo primero gritar. ¡Abajo la reina! ¡Fuera el pirata!
Ya lo ha gritado.

General: ¿Y después?

Payaso: Ya lo estás viendo: quitarme este disfraz que es el culpable de todo.

Reina: ¡Qué tonto!

Payaso: Se acabó el tonto. No juego.

(Da el traje a Pocolín. La bailarina se quita el suyo)

Bailarina: ¡Ni yo! No quiero que me desprecie esta ridícula reina diciendo que no sé bailar.

Reina: Y no sabes.

Bailarina: Ni tú reinar.

Pirata: Je. Como si eso fuera tan difícil...

Colás: No es difícil teniendo buena voluntad.

Reina: Bastante sabes tú.

(Se quita el traje)

Colás: Más que tú.

Celia: Por eso te han suspendido en matemáticas y a mí no.

Mariló: Pero estás un curso más retrasada.

General: ¿Sabéis lo que he pensado? Que os vayáis a la porra.

Celia: es verdad, si no sabéis jugar, nadie más que vosotros tiene la culpa. Sois unos ignorantes.

Mariló: ¡Adiós la inteligente!

(Todos se van quitando los disfraces)

Pocolín: Pero bueno, ¿es que no os gusta jugar a los disfraces?

Paco: ¿No ves que no saben?

Pocolín: Yo creo que sí. Lo estabais haciendo estupendamente. Tal como si fuerais ya personas mayores.

Celia: ¿De veras?

Pocolín: De verdad. Imitabais muy bien todos sus defectos. Os habéis mostrado como si realmente fuerais egoístas, presuntuosos...

Colás: Insultadores, vanidosos,...

Alicia: Luchadores, sanguinarios,...

Paco: Pero jugando.

Pocolín: Jugando, pero muy bien. Tal y como podríais haberlo hecho si hubieseis sido personas mayores y Mariló hubiese sido bailarina; Alicia, novia...

Celia: Yo creo que ha sido por culpa de esos trajes.

Colás: Es verdad. Nos ha bastado ponernos esos disfraces que nos parecían tan bonitos para creernos mayores.

Alicia: ¡Y son bonitos!

Pocolín: Claro que lo son. Pero cada uno de ellos tiene la cualidad de hacer creer a quien se lo pone que es realmente lo que representa. Por eso habéis obrado como orgullosos, como bandidos...

Paco: Yo. ¡Qué feo me parece ahora ese traje!

Pocolín: No ha sido más que un juego. Y del juego podéis sacar la idea de lo que no tenéis que hacer, cuando seáis mayores. Porque, Paco, sin ese traje y sin barco también se puede ser pirata.

Nolete: Como que hay muchos secuestradores.

Paco: Ya lo sé. De embajadores.

Alicia: Y de aviones.

Celia: Y hasta de barcos.

Pocolín: No sólo secuestradores. Gente hay que piratea utilizando en vez del barco el negocio, la empresa, el trabajo. Ya me entendéis.

Mariló: Como que te pedimos que guardes bien esos traje en el baúl de tu abuelo y que no nos los vuelvas a sacar.

Pocolín: No te engañes, Mariló. Con esos y con otros se puede ser igualmente malo. Al daros cuenta, es cuando el traje parece feo. Solamente llega a ser bonito cualquier traje si sobre él os ponéis este otro, que por estar en el fondo del baúl no llegasteis a ver: el traje invisible de la bondad.

(Abre el baúl y de él sale un vivo resplandor. Suena una bella música. Quedan inmóviles los actores mirando hacia el baúl y lentamente cae el

TELÓN



EL ROBOTITO



Personajes:

Kuki

Mara

Pili

Roberto

Paco

Pepe

Loli

Tula

Toni

ESCENA:

Cuarto de estudio de Roberto, decorado con colores muy alegres y vivos. Una mesa verde claro y tres sillas del mismo color, todo muy moderno. Sobre la mesa, cinco libros gordotes. Varios "posters" en las paredes representando animales, aviones, coches de carrera y personajes de "comic", pero no futbolistas ni cantantes. Un par de diplomas enmarcados, uno a cada lado de la puerta del foro. Una puerta más en cada lateral. Una cama, una mesilla y una estantería con libros.

ACTO ÚNICO

Por el lateral derecho, entre Kuki sigilosamente. Espía por las otras dos puertas, si alguien se acerca. Después enchufa el cable de un ordenador que está sobre la mesa con pantalla. Se oye el sonido característico del funcionamiento. Kuki consulta un libro y pulsa determinadas teclas.

Kuki: De e ele. Bien. Ahora... .. ¡Eso es! ... Tengo que aprenderlo ... Y al instante... ¡Yiiiiipi! ... ¡Es fascinante, como dicen en las películas de la tele! ... El libro dice...

(Por la puerta del foro, muy decidida, entra Mara).

Mara: ¿Qué te haces...?

Kuki: ¡Huy! ¡Qué susto me has dado! ¡Estaba tan entretenida...! Oye, Mara, ¿has venido sola...?

Mara: No, Kuki. Ha venido Pili conmigo.

Kuki: ¿Y dónde está...?

Mara: Se ha quedado charlando con tu madre y las de Loli y Tula.

Kuki: ¿Ya han venido ésas...? ¡No las aguanto!

Mara: Yo tampoco. Pero ellas no están. Creo que se han ido con Pepe a buscar no sé qué.

Kuki: Mira, por si acaso, te vas a poner junto a la puerta y me avisas si sientes venir a alguien, por si tengo que desconectar esto.

Mara: ¿Y qué es eso...?

Kuki: El espéctrum de mi hermano.

Mara: *(Asombrada y con miedo)*. ¿Cómo has dicho...? ¿El espectro de tu hermano...?

Kuki: *(Riendo)* ¿Eres tonta...? Te estoy hablando de su ordenador.

Mara: Como has dicho "espectro"...

Kuki: He dicho la marca. Se llama así.

Mara: (*Mirándolo*) ¡Ah! ¡Ordenador, ordenador, ordenador...! Ahora están de moda. He visto anuncios... ¡así! (*Junta las yemas de los dedos*). Oye, ¿y por qué no quieres que te lo vean...?

Kuki: ¡Te lo he dicho!

Mara: ¡Ah, sí, ya! Que es de "Rober". Y claro, no te lo deja.

Kuki: Cuando es para jugar juntos, sí.

Mara: O sea, ¡que se puede jugar con él! ¿Y cómo, con esas palabras raras que se ven en el televisor...?

Kuki: No es con esto. Es metiendo una cassette en el magnetófono. Y no se dice en el televisor. Se dice en la pantalla.

Mara: ¿Y entonces qué se ve en la pantalla del televisor...?

Kuki: Pues, según de lo que sea el juego.

(*Por la puerta del foro, entra Pili*)

Pili: ¿De qué juego habláis...?

Mara: De uno de Kuki va a aparecer ahí (*Señala la pantalla*).

Kuki: No voy a poner ningún juego. Te dije, Mara, que te pusieras a vigilar en esa puerta y que me avisaras si venía alguien. ¡Y se te ha colado Pili!

Mara: ¡Mujer, Pili es de confianza!

Kuki: Y si llega a ser mi hermano, ¿qué?

Mara: Como te lo deja para jugar con él, pues nada. Le dejamos jugar con nosotras.

Kuki: ¡Te daba así!

Mara: (*Ingenua*). Pero ¿por quééé...?

Kuki: Porque sería él, en ese caso, el que nos dejaría jugar con él a nosotras. ¡Vamos, poneos a vigilar! Si no, lo quito.

Pili: No, no. Vigilaremos, vigilaremos. Y si vemos venir a Rober, te avisamos. Nos turnamos, ¿verdad, Mara?

Mara: Claro. Anda, Kuki, vete poniendo un juego de ésos.
(*Mara se coloca en el foro a vigilar. Kuki busca una cassette para ponerla en el magnetófono.*)

Pili: Oye, espera. Y esas palabras raras que hay en el televisor...

Mara: Se dice en la pantalla.

Pili: Es igual, ¿no?

Kuki: No. Ahora no es televisor.

Pili: ¡Ah, ¿no...?!

Kuki: No. Por que ahora no estamos viendo tele. Estamos viendo lo que yo quiero.

Pili: Y ¿cómo lo haces...?

Mara: (*Acercándose un momento*). Dando a esas teclas. ¿A que sí?

Kuki: Claro. Pero hay que saber cuáles.

Mara: Es un ordenador.

Pili: ¿Te crees que no lo sé...? Mi primo Juan, en su oficina, tiene uno. Lo que no sé es como funcionan. Ni para qué valen.

Kuki: Pues para muchas cosas. Para llevar las cuentas, para sacar problemas, hacer dibujos... Le preguntas cosas y él te da la respuesta.

Pili: ¡Andáaaa! Pues como un “profe”.

Mara: Mejor porque te lo dice sin enrollarse.

Kuki: Un “profe” electrónico. Por eso quiero aprender a manejarlo.

Pili: Sólo le falta tener pies y manos.

Mara: ¿Para qué...?

Pili: ¡Anda, porque, si tuviera pies y manos, me lo llevaba conmigo al cole y cuando me preguntara la “seño” cualquier cosa iba yo y, “taca-taca” al aparato ése... y...! ¡fenómeno!, ¿no?

Kuki: (*Mostrando un cassette*). Aquí hay un juego bonito.

Mara: (*Acercándose*). A ver...

Kuki: Pero... ¿te quieres ir a sitio...?

Mara: (*Llevándose*). Bueno, bueno.

Kuki: Para eso, Poli, no hace falta pies y manos. Hay microordenadores, que es mejor, porque son pequeñísimos y te lo puedes llevar al “cole”, escondidos, sin que se entere la “seño”.

Pili: ¿De verdad...? ¿Y te dicen todo...?

Kuki: De momento, operaciones aritméticas.

Mara: Son las calculadoras, tonta.

Pili: Ya. Las calculadoras. Pero yo digo un ordenador que me ayudase en otras asignaturas: preguntas de historia, de Geografía...

Mara: (*Acercándose*). ¿Oye..., este juego debe de estar bien?

Kuki: Es muy divertido. Hay que evitar que unos extraterrestres...

Pili: ¿Y podemos jugar las tres...?

Kuki: Con éste no.

Mara: Pues mejor, busca otro.

Kuki: Trae (*Lo recoge*). ¡Pero vete a tu sitio!

Mara: ¡He venido a traértelo!

Pili: Hay un bar enfrente de mi casa que tienen máquinas “tragaperras” y en una se juega con extraterrestres. Pero sólo se puede jugar de uno en uno.

Kuki: Mi hermano tiene aquí juegos en los que pueden jugar varios. Voy a apagar esto porque está visto que..., con vosotras aquí, no voy a poder seguir con mi aprendizaje.

(Da una tecla)

Mara: *(Acercándose)*. Entonces, ¿puedo dejar de vigilar...?

Pili: Pues yo creo, Kuki, que si pudiera tener un ordenador de éstos con pies y manos...

Mara: Si tuviera pies y manos, Pili, se llamaría robot.

Pili: Ya lo sé, pero éstos se usan para trabajar en talleres haciendo siempre la misma pieza, o pintar una chapa... A mí me llevó mi papá a una "expo" en Madrid y había muchos.

Kuki: La Feria de la Electrónica. ¿A que sí?

Pili: Pero había uno con ojos y todo y ése limpiaba el piso, servía un bocadillo y un desayuno. Y le preguntabas cosas... y contestaba.

Mara: ¿De verdad? Habría alguien dentro.

Pili: ¡Qué va!

Mara: Pero... ¿contestaba hablando...? o diciéndotelo en una pantalla.

Pili: Y yo sé de otros que contestaban por escrito. Tienen un rollo y, según vas preguntando las cosas, te van soltando el rollo. ¡No te fastidia! El de la expo contestaba ¡hablando!

Kuki: Mirad. Aquí tiene mi hermano otro juego con el que podemos jugar las tres.

(Enseña otra cassette)

Mara: ¿La pones...?

Kuki: Bueno, ¿pero... si viene...?

Pili: ¿Está en casa...?

Kuki: No.

Pili: Entonces...

Mara: Tú antes estabas manejándola, ¿no...?

Kuki: Pero yo sola. Y soy su hermana. Y le he hecho un regalo hoy en su "cumple", pero si nos ve a las tres... Mejor es que una vigile.

Mara: Yo no, ¡eh!

Pili: Quedamos en turnarnos. Una puede jugar con Kuki y la otra vigilar hasta que la toque. ¿Vale...?

Mara: ¡Vale, pero yo "prime"!

Kuki: "Prime", ¿vigilar...?

Mara: "Prime", jugar.

Kuki: está bien. Pili, te toca.

(Kuki pone una cassette en el magnetófono. Pili se coloca vigilando en el foro. Se oye el sonido del ordenador funcionando).

Mara: ¡Andáaa! ¡Qué bonito!

Kuki: Esas dos teclas son para ti. Esta para avanzar y ésta para parar a la figura. Estas son las mías.

Pili: *(Acercándose)*. ¿Y las mías...?

Mara: ¡Eh! Ya te las diré luego. ¿Has visto, Kuki...? Y decías que yo no vigilaba.

Pili: *(Regresando)*. Ha sido sólo un momento. Para ver el juego.

Kuki: *(Manejándola)*. Fácil ¿no...?

Mara: *(Igual)*. Se te nota la práctica, rica.

Kuki: *(Id.)* Que te gano porque soy muy buena.

Mara: *(Id.)* Espera, espera.

Pili: ¿Y cuándo juego yo...?

Kuki: No hemos hecho más que empezar.

Mara: ¡Qué suerte tiene tu hermano!

Pili: Y Kuki, con tener un hermano que tiene un ordenador. Aunque a mí me gustaría tener mejor uno de esos con pies y manos, como el de la “expo”.

(Está tras sus amigas, mirando, cuando por la izquierda..., entra Roberto).

Roberto: ¿Se puede saber qué estáis haciendo en mi ordenador?

Kuki: ¡Huy, qué susto!

Pili: *(Señalando la izquierda)*. Ha entrado por ahí, ¿eh? Ha entrado por ahí.

Roberto: Lo que he preguntado...

(Mara le interrumpe enseguida y las tres chicas, que primero huyeron de Roberto, le rodean).

Mara: ¡Felicidades, “Rober”!

Pili: Ya nos ha dicho tu hermana que estás de cumple, chico, Felicidades.

Roberto: Gracias, pero...

Kuki: Les estaba enseñando sólo cómo se juega.

Mara: ¡Nada más!

Pili: Te estábamos esperando para cantarte eso de...

Mara y Pili: *(Cantado)*. Pues es un chico excelente,

pues es un chico excelente.

¡Pues es un chico excelente

nos va a dejar jugar,

nos va a dejar jugar,

nos va a dejar jugar!

Mara: ¿Verdad que sí?

Roberto: ¡¡¡No!!!

Kuki: Os lo dije. Os lo dije. Y nos pilló.

Roberto: Os pillé. Claro que os pillé. Y te tengo dicho, Kuki, que no quiero que toques mi ordenador.

Kuki: No te lo voy a estropear.

Roberto: Pero, si andáis con mis cassettes, me podéis borrar o cambiar algo de lo que tengo programado.

Pili: ¿Es posible...?

Kuki: Yo creo que no. Lo dice porque no nos lo quiere dejar.

Roberto: ¡Claro que no lo quiero dejar! Porque es mío, ¿lo oyes...?

Mara: ¡Hombre, si no fuera tuyo...!

Pili: ¡Si fuera de Kuki...!

Kuki: ¡No haría falta que nos lo dejaras!

Mara: ¡Claro!

Roberto: ¡Pero como es mío, mío, mío...!

Pili: ¡Chico, qué suerte tienes!

Mara: ¿Cuándo te lo han comprado...?

Kuki: En Reyes.

Mara: No nos habíais dicho nada.

Kuki: Porque no quiere que se sepa. ¿No veis lo raro que es...?

Roberto: ¡No soy raro! Lo que pasa es que sabía que enseguida ibais a querer manejarlo vosotras. ¡Y como no sabéis...!

Mara: ¿Por qué no nos enseñas?

Roberto: No tengo más que hacer. ¡Tengo que estudiar, majas!

Pili: ¡Hombre, pero hoy es tu “cumple”!

Roberto: Para mañana tengo un examen.

Kuki: Seguro que lo pasas con nota. ¡Siempre está estudiando...!

Mara: Claro que sacas otro sobresaliente. Anda, "Rober", juega con nosotras un poco. O déjanos un ratito a nosotras. Es tu "cumple", hombre.

Roberto: No me hace ninguna gracia, pero, bueno, como es mi "cumple", os la dejaré. ¡Con una condición! Que os llevéis el ordenador al cuarto de Kuki y juguéis allí, que quiero estudiar.

Todas: ¡¡¡Yuuuupi!!! (*Recogen el equipo y se marchan felices por la derecha Kuki, Pili y María. Rober guarda las cassettes*).

Mara: ¡Gracias, "empo"! ¡Huy, perdona!
(*Hace mutis definitivamente*).

Rober: No he tenido que repetirlo. Al menos, me dejarán estudiar, y no me importa que me llamen el "empollón". Yo quiero, sí, estudiar y aprender mucho porque quiero ser, cuando sea mayor, ingeniero de electrónica, como mi tío Cosme. ¡Hace unas cosas! ¿Y sabéis lo que yo me voy a construir? ¿A que no os lo figuráis? Pues nada menos que una de esas máquinas que tienen muchísimas lucecitas que corren y se apagan y se vuelven a encender y a correr y se apagan y se encienden y suena una musiquilla y, ¡zas!, van y sueltan un premio. Lo que llaman máquinas "tragaperras", de ésas en las que los chicos no podemos jugar porque sólo pueden hacerlo los mayores. ¡Qué listos son, ¿verdad?! ¡una faena! ¿Os gusta a vosotros jugar en ellas, a que sí?

Público: Síiiii...

Rober: Yo jugaré... cuando sea mayor. Y como me la construiré yo, pues... no tendré que echar monedas. ¿Eh? ¿Qué os parece?

(Por la puerta del foro, entra Paco, de la misma edad que Roberto, pero con modales de jefe de panda).

Paco: ¿Qué hay, tú?

Rober: Hola, Paco. ¿Quién te ha abierto?

Paco: Pues tu madre que está con unas señoras en el gabinete *(Sentándose)* ¿Hay novedad?

Rober: ¿Qué novedad va a haber?

Paco: ¡No fastidies! ¿No te llegó el regalo de tu tío?

Rober: Pues no.

Paco: ¡Pues sí que estás enterado...! Te digo yo que sí.

Rober: *(Iniciando el mutis)*. ¿Te lo ha dicho mi madre?

Paco: ¡Quieto!" Tu madre solamente me ha dicho que nos tiene una buena merienda preparada y que vayamos al comedor cuando estemos todos tus amigos, pero lo del regalo de tu tío sólo lo sé yo.

Rober: ¿Ah, sí? ¡Vamos! ¡Cómo que lo vas a saber tú mejor que yo! ¡No te digo!

Paco: *(Levantándose)*. Porque lo sé, lo digo, chalao. *(Acercándose a la puerta del foro)* Pepe, Loli, Tula: traed el paquete para el Empo. *(Se vuelve a sentar)*.

(Entran Pepe, Loli y Tula con un gran paquete, más grande que ellos, atado con cuerdas de nailon y lazos de seda, dejándolo delante de la mesa).

Todos a la vez: De parte de tu tío.

Rober: *(Acercándose al paquetón)*. ¡Ahí va! ¡Qué enorme!

Loli: ¡Menos mal que llegamos!

Tula: *(Sentándose)*. Vengo rota.

Pepe: Flojuchas que sois.

Loli: Adiós el forzado. Pues si no es por nosotras...

Paco: (*Levantándose*). ¿Y qué es esto, chicos? ¿Lo sabes tú, Pepe?

Pepe: ¡Yo qué sé! Lo que sé es que pesa la tira (*Se sienta*).

Loli: ¡El que presumía de fortachón!

Pepe: ¡Yo no he presumido de nada!

Tula: ¡Nos ha llamado flojuchas!

Pepe: ¡Bah!

Paco: Pero ¿sabéis lo que tiene dentro, o no?

Rober: Eso digo yo.

Loli: ¡Qué curiosos, ¿no?!

Rober: Tú ¿no lo eres? ¡Pues cállate, Loli!

Loli: Bueno, pero yo soy una chica (*Se levanta*)

Tula: (*Levantándose*). Y las chicas tenemos derecho a ser curiosas.

Paco: (*Enfrentándose a ellas*). Y los chicos, curiosos. ¡No te fastidia...!

Rober: (*Interponiéndose*). El único que tiene derecho a ser curioso soy yo, porque el regalo es para mí.

Pepe: (*Levantándose*). Pero es que nosotros te lo hemos traído y por eso, vamos, creo yo que tenemos derecho a verlo. Loli, Tula y yo.

Rober: ¿Y quién os ha dicho que no?

Tula: Y si es un juguete, queremos también jugar con él.

Loli: Hombre, claro.

Paco: ¿Un juguete? ¡Menudo tamaño!

Rober: ¿Y cómo es que lo habéis traído vosotros?

Tula: Porque Paco nos dijo que te lo habían dejado en el garaje y nos pidió que te lo trajésemos.

Pepe: Bueno, él nos ha ayudado hasta el vestíbulo, que conste.

Loli: Pero desde el vestíbulo aquí... nosotros.

Paco: Por algo soy el jefe.

Tula: ¡Qué cara!

Pepe: Pero, bueno, Empo, ¿lo abres o qué?

Rober: ¿Qué?

Loli: Vamos, Empo. No nos vas a hacer la faena de dejarnos sin ver el regalo de tu tío Cosme después de habértelo traído.

Rober: ¿Pero es de mi tío Cosme?

Paco: ¿Pues de quién creías que era?

Rober: Del que vive aquí: de mi tío Luís. Esto lo tiene que haber enviado mi tío Cosme por medio de una agencia.

Pepe: ¿No te hemos dicho que te lo habían dejado en el garaje? ¡Pues los de la agencia!

Tula: Bueno, ¿lo vemos?

Loli: Pues claro. Si él también está deseando verlo.

Rober: ¿Es para mí, no?

Pepe: Pero lo abrimos ahora, ¿verdad?

Paco: (*Sentándose*). Cuando yo diga, que para eso soy el jefe.

Loli: ¡Qué tranquilo!

Rober: Hombre, se debe abrir cuando quiera yo, ¿no?

Paco: ¿Ah, sí? ¿Y quien te defiende a ti más que yo cuando se meten contigo? He dicho que se abre cuando lo digo yo.

Pepe: Pues yo digo que se abre cuando lo diga...

Paco: (*Levantándose*). ¿Quién?

Pepe: (*Intimidado*). Cuando lo digan estos amiguetes (*Señala al público*).

Rober: ¡Eso! (*Al público*) ¿Qué os parece?

(*Pepe, Loli y Tula se ponen en fila, en el proscenio, moviendo sus cabezas afirmativamente, animándoles a que digan sí*).

Público: Síiii.

Loli: Más fuerte para que lo oiga Paco.

Público: ¡Síiiiiiiii!

Paco: ¿Y por qué no esperamos a que llegue Tito?

Pepe: ¡Vamos anda!

Tula: Me dijo a mí que no podía venir.

Loli: Y que te felicitásemos en su nombre, "Rober".

Rober: Gracias.

Pepe: Je (*Burlándose de Loli, señalándola*). ¡Esta no te llama Empo!

Loli: Porque no quiero.

Pepe: Yo creo que es por otra cosa.

Paco: Porque no lo consiento yo.

Loli: (*A Roberto*). Bueno, tú. Felicidades, ¡eh!

Tula: Eso. Felicidades. Es lo primero que había que haberle dicho. Felicidades, Empo.

Rober: Gracias.

Pepe: Bueno, bueno. Dejad el rollo. Además, yo ya se lo dije antes.

Paco: Y yo.

Pepe: Lo que tenéis que hacer vosotras es tirarle de las orejas.

Loli: (*Intentándolo*). ¡Vale!

Tula: Igual. ¡Eso!

Roberto: (*Huyendo*). Bueno, bueno. ¿No decíais que queríais ver el regalo de mi tío?

Tula: (*Parándose*). Por él te libras de los tirones de orejas.

Loli: (*Igual*). Por ahora.

Pepe: Suerte que tienes.

Paco: Que conste, Empo, que se lo permitía porque se trataba de unos tironcitos de felicitación.

Rober: Venga, ayudadme y dejaos de bobadas.

(Estorbándose unos a otros, empujándose y cayendo alguno al suelo, comienzan a despegar lo empaquetado y a desatarlo).

Loli: ¡Quita!

Tula: ¡Deja!

Pepe: ¡Si no sabéis!

Paco: Primero hay que quitar el papel engomado.

Loli: Una tijera. Hace falta una tijera.

Tula: Sin tijeras. Mira..., con las uñas.

Pepe: Deja.

Paco: ¡Cuidado, Pepe, que te doy un “cate”!

Rober: ¡Pero...! ¿Me queréis dejar a mí?

Tula: Tranquilo, Rober. Descansa que es tu santo.

Pepe: ¡Eso! Dedícate a mirar tus diplomas, hasta que te saquemos el regalo.

Loli: ¿Nos dejarás jugar con él, verdad, Empo?

Paco: ¡Jugar! Esta ya “sabe” que es un juguete.

Tula: Es de suponer.

Loli: Y de los electrónicos.

Pepe: ¡Sería estupendo! ¡De esos musicales!

Paco: Acaso uno de esos campos de fútbol electrónico con jugadores rapidísimos.

Pepe: ¡Vamos, quita! ¡No fastidies!

Loli: A Rober no le gusta el fútbol.

Tula: Ni nada. ¿No veis los “posters” que tiene? *(Gira sobre sí señalando las paredes)*. ¡Ni uno de cantantes o futbolistas!

Paco: Pero tu tío no lo puede saber. No vive aquí...

Rober: No lo sabe. Ni vosotros tenéis idea de lo que puede haberme enviado mi tío. Estáis diciendo bobadas. Puede que ni sea un juguete ni electrónico.

Loli: ¡Hombre! Siendo tu tío Cosme ingeniero... de eso... de electrónica...

Tula: Y si llega a ser cocinero te envía una tarta riquísima.

Paco: *(Que sigue desatando)*. “Pastelero”, Tula. Si llega a ser “pastelero”.

Tula: Bueno, pues pastelero.

Pepe: ¿De este tamaño? ¡Jo, que tarta!

Loli: Para un golosazo como “Rober”.

Tula: Como un generoso como el Empo, porque es de los que convidan.

Paco: ¡Toma ya! Lo dice por ti, Pepe.

Pepe: Me es igual. Ya veréis como es un juguete.

Tula: Pues como sea una máquina “tragaperras”, seguro que a ti no te arruina.

Loli: Una maquina “tragaperras” no puede ser porque tendríamos que esperar todos a cumplir los catorce años para poder jugar con ella.

Rober: Y a que yo os dejase.

Paco: ¡Toma ya!

Rober: Lo mismo es una hucha *(Quita la tapa)*.

Pepe: ¡Eh, eh! Aquí dice: “Abrid por aquí”.

Paco: Y se baja esto *(Baja un lateral)*.

Loli: Y esto *(Baja inmediatamente otro)*.

Tula: ¡Y esto! *(Baja igualmente otro)*.

Paco: ¡Y esto! *(Baja el último lateral que, precisamente, es del lado que presenta su frente al público, quien puede ver ya un pequeño robot, aparato que suelta una catarata de*

punzantes pitidos, sirenazos, timbrazos, trompeteos, destellos luminosos y multitud de ruidos estridentes, chirridos, golpes, etc. El susto de todos es morrocotudo. Gritos de los chicos y chillidos de las chicas, corriendo todos. Tula y Pepe se van por la derecha. Paco y Loli huyen por la izquierda. Rober vase por el foro).

Paco: ¡Madre!

Tula: ¡Hiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Pepe: ¡Arrea!

Rober: ¡Huyamos!

Loli: ¡Ay!

Paco: ¡Sálvese quien pueda!

(De pronto, la actividad escandalosa del robot cesa de golpe. Las chicas tardan más en volver a escena).

Pepe: Se paró.

Paco: Eso parece.

Rober: ¡Vaya chisme!

Tula: ¿Hace algo?

Loli: ¡Qué susto!

Pepe: Y más susto con vosotras. Tula chillaba como una histérica.

Tula: Sí, que vosotros os habéis estado quietos. "Sálvese quien pueda", dijo éste.

Paco: Pero sin asustar a nadie.

Loli: Ya, pero corriendo como locos.

Rober: Por si acaso. Como vosotras.

Pepe: Bueno, ¿veis? ¿No os lo dije? ¡Un juguete!

Rober: Es un aparato electrónico, Pepe.

Pepe: Bueno, pero... ¿servirá para jugar, no?

Paco: ¿Tú crees? Puede que sólo sirva para armar ese ruido y sólo valga para ahuyentar a los ladrones.

Tula: Acércate, Empo. A ti te gustan estas cosas.

Pepe: Y como está detrás de él, no te verá.

Loli: Y que el regalo es para él.

Paco: Y que va a estudiar la electrónica esa.

Tula: Y nosotros ya hemos hecho bastante.

Rober: ¿Qué habéis hecho?

Tula: Traértelo hasta aquí.

Rober: Anda que si llega a sonar cuando lo traíais...

Loli: Lo dejamos caer, seguro.

Pepe: Bueno, ¿pero te acercas o no te acercas?

Rober: ¿Y si empieza a sonar como antes?

Paco: A ver si es que tienes miedo...

Loli: Más bien.

Paco: Pero si ahora no puede sonar.

Tula: Claro. Se le tiene que haber acabado la fuerza.

Paco: ¡Qué va! ¿Cómo se le va a haber acabado la energía por funcionar menos de un minuto? ¡Pues valiente invento!

Rober: Tiene que valer para más cosas.

Loli: ¿Y por qué armaría tal escándalo?

Pepe: Cosas de tu tío.

Tula: Debe ser para animarte a seguir su carrera.

Loli: Ja. ¡Vaya sistema! Pegando sustos.

Pepe: Pues para animarle a seguir carreras de las otras, vamos, de ésas de correr.

Loli: ¡Qué gracioso!

(Poco a poco Loli, Tula, Pepe y Paco se han colocado junto a Roberto).

Paco: Bueno, pero... ¿te acercas o qué?

Rober: Estoy...

Loli: ¿Qué?

Rober: Estoy estudiándolo.

Pepe: ¿De lejos?

Tula: Oye, parece que ahí tiene un botoncito.

Loli: Será el de la tripa.

Tula: ¿Eres tonta? Te digo que ahí.

Pepe: ¿Dónde, Tula?

Tula: ¡Ahí! ¿No le ves tú, Pepe?

Rober: No es un botón de mando. Los botones de mando los tienes aquí, en la espalda.

(Se ha situado detrás del robo y, tras él, a ambos lados, están los demás).

Paco: Mira a ver si pone para qué es cada uno.

Tula: A ver.

Loli: A ver yo. No pone nada.

Pepe: ¡Toma! Son de colores.

Paco: Aprieta ése, Empo.

Rober: ¿Cuál?

Paco: Ése. El verde.

Tula: Espera *(Se aleja un poco)*.

Loli: *(Gritando)*. ¡Cuidado!

Pepe: *(Después de asustarse)*. ¡Qué miedosas!

Tula: A ver si empieza como antes.

Loli: O hace algo peor.

Pepe: ¿Qué va a hacer?

Loli: No sé. Algo.

Paco: Lo que yo digo es que algo habrá que hacer, ¿no?

Rober: Escribir a mi tío y que nos diga para qué sirve.

Paco: No vamos a estar aquí esperando tanto.

Pepe: Pues a ver qué hacemos.

Loli: Apretar un botón.

Tula: Si sólo es un botón...

Paco: Ya está. Yo tomo las decisiones que para eso soy vuestro jefe. ¿Vale?

Loli: Vale.

Paco: *(Señalando al público)*. Bueno, pues lo que digan éstos.

Tula: ¡Qué graciosos!

Pepe: *(Al público)*. ¡Chicos! ¿Queréis que Rober apriete el botón a ver qué pasa?

(Pepe, Loli, Tula y Paco mueven la cabeza afirmativamente, animando al público a que diga que sí).

Público: ¡Sí!

Paco: Más alto para que se entere bien.

Público: ¡Síiiii!

(Tula, Pepe, Loli y Paco se colocan emparejados a ambos lados del escenario. Roberto cautelosamente se acerca al robot y aprieta un botón. Quedan expectantes).

Robot: Pi.

Loli: Bueno.

Tula: Ha dicho pi.

Pepe: Ya lo hemos oído.

Robot: Pi.

Paco: Y lo repite.

Rober: Por si no lo habíamos oído.

Pepe: ¡Vaya cosa!

Loli: ¿Y no nace más?

Paco: Pues parece que no.

Robot: Pi.

Tula: Parece que tiene hipo.

Loli: Habrá que darle un susto para quitárselo.

Pepe: ¡Eso! Como el que nos dio él.

Robot: Pi.

Tula: Que sí, hombre, que sí: Pi.

Loli: Empo, apriétale otro botón a ver si cambia de música.

Rober: Que lo apriete Pepe.

Pepe: No. Déjalo. A lo peor lo paro. Así por lo menos hace “pis”.

Robot: Pi.

Loli: ¡Huy, qué sucio!

Pepe: Quiero decir que hace muchas veces “pi”.

Tula: Ya.

Paco: Empo, mira a ver si hay instrucciones para su manejo.

Rober: ¿Y por qué no lo miráis vosotros?

Tula: ¿Te da miedo?

Rober: No, pero me fastidia tanto eso de “Empo, aprieta”, “Empo, mira”,...

Loli: Oye, si no quieres el regalo, lo dices.

Robot: Pi.

Loli: No te pregunto a ti.

Robot: Pi.

Loli: ¡Vaya! Ahora contesta antes.

Robot: Pi.

Pepe: Parece que te toma el pelo.

Robot: Pi, pi, pi.

Loli: Pues si sólo sabe decir “Pi, pi, pi” es un repipi.

Tula: No te enfades, Loli.

Robot: Fuerte. Poco.

Loli: (*Asustada*) ¡Huy!

Paco: Pepe dijo que era un juguete.

Robot: (*Con voz nasal*). Pi, pi, pi. Fe - li - ci - da - des. Ro - ber - to.

Tula: Oye. Esto está bueno.

Loli: ¡Y habla!

Pepe: ¡Fabuloso, tú!

Paco: ¡Es asombroso, "Rober"!

Rober: Gracias.

Robot: Te fe - li - ci - to de par - te de tu ti - o Cos - me.

Pepe: Esto ya es otra cosa, ¿no?

Paco: Se estaba calentando.

Tula: Calla, calla.

Rober: ¿Quie - res ju - gar con - mi - go?

Loli: Dile que sí.

Pepe: Sí. Sí.

Tula: Tú, no. Que lo diga el Empo.

Pepe: Y el robot éste... ¿qué sabe?

Robot: Si sé. Que lo di - ga Ro - ber - to.

Paco: Dilo. Empo.

Rober: Sí. Quiero jugar contigo. ¿Qué he de hacer?

Paco: Escuchad.

Robot: Can - ta.

Rober: ¿Que cante?

Robot: Pi.

Pepe: Que cantes, ha dicho.

Tula: Se cree que éste es Julio Iglesias.

Loli: O Raphael.

Paco: ¡Canta, hombre!

Rober: ¡Cantad vosotros! ¿Por qué no canta Pepe?

Robot: Can - ta - tú.

Pepe: Lo he dicho en broma.

Loli: ¡Bueno, venga! A cantar todos.

Tula: ¿Y la música?

Robot: Pri - me - ro a - ga - rrad ca - da u - no un li - bro.

Pepe: Ahora nos va a hacer estudiar.

Robot: Y e - le - gid un o - fi - cio.

Paco: Vale.

Pepe: Entendido (*Agarra un libro*). Yo bailarín.

Loli: (*Apoderándose de otro libro*). Yo costurera.

Paco: (*Tomando otro libro*). Yo músico.

Tula: (*Imitándoles*). Yo cocinera.

Rober: (*Igual*). Yo carpintero.

(Se colocan alrededor de la mesa y según canten se pasarán cada libro, uno a otro, por la derecha. Al llegar a la palabra "juego", fingirá cada uno hacer una operación en mimo correspondiente al oficio que hay que elegir, así Pepe bailará, Loli coserá, Paco tocará el violín, Tula guisará y Roberto serrará y clavará. Reanudarán inmediatamente el pase de los libros, hacia la izquierda, hasta llegar a la palabra "prenda", en el que Roberto, en vez de serrar y clavar, hará que toque el violín. Suena la música).

Todos: Antón, Antón, Antón Pirulero.

Cada cual, cada cual, atienda su juego.

Y el que no lo atienda, pagará una prenda.

Robot: Ro - ber - to se ha e - qui - vo - ca - do.

Tula: Sí. Sí.

Loli: Anda, listo.

Paco: ¡Qué pronto se ha equivocado!

Pepe: Y que pronto se dio cuenta el robot.

Tula: ¿Y qué prenda paga?

Robot: Que se pon – ga a cua – tro pa – tas.

Paco: Eso, eso. Que se ponga.

Tula: Que se poooooooooonga.

Loli: Que se poooooooooonga.

Pepe: Por burro. ¡Mira que equivocarte!

Rober: Está bien. A mí no se me dan esos jueguecitos tontos.

Me pongo porque es mi cumpleaños, que si no...

(Roberto se pone a cuatro patas).

Y ahora, ¿qué?

Loli: Será un nuevo juego.

Robot: Pi. Va a ha – cer de don Me – li – tón. Vo – so – tros sal – tad – le can – tan – do.

Tula: Ah, sí. Es otra cosa antigua.

Pepe: Y castellana.

Paco: Ya lo sé.

Loli: Y yo.

Pepe: Y todos. Vamos. Por...

Paco: ¡Lo digo yo! ¡Poneos en fila!

(Se colocan uno tras otro y según canten cada estrofa saltará cada uno por encima de Roberto. Suena la música).

Pepe: Don Melitón tenía tres gatos.

Tula: Que les hacía bailar en un plato.

Loli: Y por las noches les daba turrón.

Paco: Que vivan los gatos del buen Melitón.

Robot: Y vi – va tam – bién don Me – li – tón.

(El Robotito en vez de saltar, pega una patada en el trasero a Roberto, haciéndole caer aparatosamente. Los demás ríen. Roberto se levanta malhumorado y se sacude con las manos el traje).

Rober: ¡Vaya gracia!

Paco: ¡Oye, lo que sabe hacer! Jajajajá.

Tula: ¡Fenómeno! Jajajajá.

Pepe: ¡Y sin apretarle ningún botón! Jajajajá.

Pepe: ¡Asombroso, "Rober"! ¡Asombroso! Jajajajá.

Rober: ¡Tontos!

Paco: ¡Hombre, "Rober", no te quejes que es el regalo de tu tío! Jajajajá.

Robot: Pi. Re - ga - lo tío. Pi.

Rober: Enfadado. De mi tío, ¿eh?

Loli: ¡De tu tío! ¡Fíjate!

Rober: ¡Pues ahora veréis lo que hago con el regalo de mi tío!
(El Robot retrocede andando trabajosamente. Los demás se interponen ante Roberto).

Robot: Po. Po. Po.

Tula: ¿Pero qué vas a hacer?

Loli: ¡Chico, "Rober", no lo vayas a estropear!

Pepe: ¡Quieto, Empo!

Rober: ¡Dejadme!

Paco: Pero ¿qué pretendes?

Rober: Olerlo. Verlo. Estudiarlo.

Robot: Po. Po. Po.

Tula: Es un empollón.

Loli: Lo quiere estudiar.

Pepe: Pero lo puede desarmar.

Paco: Y luego no puede armarlo.

Tula: Probablemente.

Rober: ¡Dejadme, os he dicho!

Paco: ¡Espera, hombre!

Robot: ¡So - co - rro!

(Roberto elude el cerco de todos y agarra a Robotito. Suenan otra vez los timbrazos, bocinazos y pitidos, pero Roberto no lo suelta).

Pepe: ¡Huyamos!

Loli: ¡Horror!

Tula: ¡Mirad, no lo suelta! “Rober” es un valiente.

(Roberto quita la cabeza al Robot y se ve la cara pícaro de Tito. Cesan los ruidos).

Rober: ¡Si es Tito!

Loli: El que no podía venir.

Tula: Anda qué bueno.

Rober: ¿Qué broma es ésta? ¿Eh?

Tito: *(Hablando normalmente)*. Oye, Empo, que se le ocurrió a Paco, ¿eh?

Rober: Pero tú te prestaste a ello.

Pepe: Era el indicado, hombre. Todos le llamamos Tito. Tenía que hacer de Robot, ¿no? Pues así resultaba el Robot-Tito.

Loli: El Robotito.

Rober: ¡Muy gracioso! Y lo de darme la patada ¿qué?

Paco: ¡Eso ha estado muy bueno, Empo!

Tula: ¡De juerga!

Tito: Perdona, Empo. Es que estabas agachado de una manera que... y como yo no podía saltar con todo esto...

Pepe: Ten en cuenta que ahí dentro se está muy mal.

Tito: Y dentro de la caja, peor.

Tula: Pues anda que el traerte con lo que pesas... ¡un fastidio, vamos!

Tito: Haberos metido cualquiera de vosotros.

Pepe: Es que tú eres el que más canciones antiguas te sabes.

Tito: Porque me las han enseñado de mi abuelo. Ah, y lo de hacer los ruidos, eso sí ha sido cosa de tu tío Cosme, ¿eh?

Rober: Os daba así.

Pepe: Bueno, bueno, que no ha pasado nada.

Paco: Y nos vamos a dar la lata con el Robotito a otro sitio.

Loli: Vamos.

Paco: Ponle la cabeza, Empo.

Rober: ¿Sabéis una cosa? Que me hubiera gustado que mi tío Cosme me hubiese regalado un Robotito de verdad. Sin que diera patadas, ¿eh?

Tito: Pues yo, como es tu cumpleaños, haré de Robotito y cantaremos canciones como si me hubiera programado tu tío Cosme.

Paco: Vale. Ponle la cabeza, Empo.

Tula: Eso. Y podemos cantar.

Loli: ¿Cuál?

(Roberto pone la cabeza a Tito haciéndole otra vez Robot).

Pepe: Pues...

Tula: ¡Lo de la viudita del conde Laurel!

Paco: ¡Bien! Pongámonos en dos filas.

(Lo hacen. Tula queda al fondo y Roberto frente a Loli en primer término. Suena la música).

Tula: Yo soy la viudita
del conde Laurel
que quiero casarme y no tengo con quien.

Los Demás: Si quieres casarte y
no tienes con quien,
escoge a tu gusto
que aquí puedes bien.

(Tula bailando se coloca frente a Roberto)

Tula: (*Por Roberto*) Escojo a este niño,
que es guapo doncel
y si él me prefiere
me caso con él.

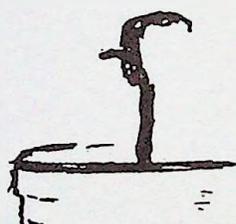
Roberto: Conmigo no puedes
porque has de saber
que yo soy el conde
el conde Laurel.

Los Demás: No pueden casarse.
Eso está muy bien.
No hay viuda ni viudo,
que hay conde Laurel.
El conde no ha muerto
y siempre fue fiel.
Y no dejó viuda
el conde Laurel.

(Salen cantando y bailando, repitiendo las dos últimas estrofas, mientras cae el...)

TELÓN





Colección
ALTOZANO

Edita:

Universidad Popular

Hilario Álvarez



Ayuntamiento de Barcarrota